

92
502

LA BELLEZA DE LAS VÍAS PÚBLICAS

POR

DON JOSÉ BORDIÚ

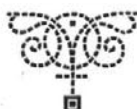
ABOGADO DEL ILUSTRE COLEGIO DE MADRID

□ □ □

MEMORIA PREMIADA

POR EL EXCELENTÍSIMO AYUNTAMIENTO DE MADRID

✦ EN EL CONCURSO CONVOCADO EL AÑO 1926 ✦



Madrid, 1927

Imprenta Municipal

LA BELLEZA DE LAS VÍAS PÚBLICAS

POR

DON JOSÉ BORDIÚ

ABOGADO DEL ILUSTRE COLEGIO DE MADRID

□ □ □

MEMORIA PREMIADA

POR EL EXCELENTÍSIMO AYUNTAMIENTO DE MADRID

✧ EN EL CONCURSO CONVOCADO EL AÑO 1926 ✧



Madrid, 1927

Imprenta Municipal

ESTA OBRA ES PROPIEDAD DE SU AUTOR, QUIEN SE RESERVA TODOS LOS DERECHOS.
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY

ÍNDICE

	Páginas
Las vías públicas, la belleza y el buen gusto.....	9
Las vías públicas en los pueblos de la antigüedad.....	13
Prehistóricos.....	13
Babilonia y Nínive.....	14
Tebas y Menfis.....	14
Grecia.....	15
Roma.....	15
España.....	17
Dominación romana.....	17
Irrupción y dominación de los godos.....	18
La invasión sarracena.....	19
La reconquista.....	20
Madrid.....	20
Antes de ser corte.....	20
Después de ser corte.....	22
Período de reformas.....	25
Legislación española.....	29
Casa de Austria.....	29
Casa de Borbón.....	30
Los Municipios españoles y las Ordenanzas municipales.....	37
Bases y organismo para ejercer una acción encaminada a evitar la desarmonía en las nuevas edificaciones de las vías públicas y de cuanto afecte al gusto artístico de las mismas.....	43
Bases.....	44
Organismo.....	51
Apéndice.....	57

ANUNCIO

PUBLICADO EN EL "BOLETÍN DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID"
CORRESPONDIENTE AL DÍA 8 DE FEBRERO DE 1926

CONCURSO

La excelentísima Comisión municipal Permanente, en la sesión celebrada el día de ayer, ha adoptado los siguientes acuerdos:

1.º Que se anuncie concurso en el presente año para premiar los mejores trabajos que los funcionarios municipales presenten, entendiéndose como funcionario todo aquel que esté adscrito de un modo permanente al servicio municipal, cualquiera que sea su categoría, el lugar en que trabaje y forma en que perciba sus haberes.

2.º Los premios serán de 1.500 pesetas cada uno en metálico, haciéndose constar esta distinción en las respectivas hojas de servicios de los funcionarios recompensados, considerándose como preferentes en los concursos para obtener cargos, en particular si el trabajo se refiere al mismo servicio objeto del concurso.

3.º El Ayuntamiento imprimirá las Memorias premiadas, distribuyendo gratuitamente los ejemplares entre los señores concejales, jefes de servicios, Bibliotecas y Centros culturales, conservando el autor la propiedad de la obra premiada, y reservándole el derecho de ampliar la tirada sin exigir más desembolso que los gastos que ésta origine, aun cuando se trate de ejemplares que vayan a ser puestos a la venta.

4.º La adjudicación de los premios se hará, en cumplimiento del acuerdo de 31 de marzo de 1922, por un Jurado, integrado por personas extrañas al Municipio, de reconocida competencia, y cuyo fallo será acatado sin debate por el Ayuntamiento; comunicándose a la Comisión municipal Permanente al sólo efecto de llevarlo a la práctica.

5.º Los temas para el concurso en el ejercicio 1925-26 serán:

- a) Proyecto de Institución municipal de Crédito y de Seguros sociales a base de Caja de Ahorros popular.
- b) Bases para una carta económica de grandes Municipios.
- c) Proyectos para abaratamiento de subsistencias, bien por medio de Cooperativas de consumo o por otra solución.
- d) Mortalidad infantil en Madrid; medios para aminorarla.
- e) Bases y organismo para ejercer una acción encaminada a evitar la desarmonía de las nuevas edificaciones en las vías públicas y de cuanto afecte al gusto artístico de las mismas.

6.º Los trabajos se presentarán sin firma en el Negociado 1.º de la Secretaría hasta el día 31 de mayo de 1926, bajo sobre cerrado y lacrado que llevará escrito un lema, el cual se repetirá en otro sobre que contendrá el nombre del autor.

7.º Los cinco premios de 1.500 pesetas cada uno que se establecen y las demás recompensas que se determinan serán satisfechos con cargo a la cantidad consignada para este abono en el presupuesto vigente, capítulo VI, artículo 1.º, concepto 177.

Lo que se hace público para conocimiento de los funcionarios a quienes pudiera interesar.

Madrid, 21 de enero de 1926.—El Secretario, FRANCISCO RUANO.



AYUNTAMIENTO DE MADRID

SECRETARÍA

NEGOCIADO PRIMERO

99

En la sesión celebrada en el día de hoy por la Comisión municipal Permanente, de conformidad con el dictamen emitido en el concurso de Memorias entre funcionarios municipales, correspondiente al año 1926, por el Jurado calificador, compuesto por los Sres. D. Francisco Junoy, representante del Ministerio del Trabajo; D. Luis de Olariaga, de la Universidad Central; D. Ignacio Victor Elario, del Ministerio de Fomento; D. José A. Palanca, de la Dirección general de Sanidad, y D. Modesto López Otero, de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, se ha acordado adjudicar al trabajo de que es usted autor, presentado al tema e), «Bases y organismo para ejercer una acción encaminada a evitar la desarmonía de las nuevas edificaciones en las vías públicas y de cuanto afecte al gusto artístico de las mismas», bajo el lema «Las bellezas de las vías públicas no es sólo gala, sino ornato de los pueblos», el premio de 1.500 pesetas en metálico, con las demás recompensas que se enumeran en las bases del concurso.

Al tener el gusto de comunicar a usted el referido acuerdo, esta Secretaría se complace en manifestarle el agrado con que ha visto la laboriosidad e inteligencia demostradas por usted en el trabajo recompensado.

Dios guarde a usted muchos años.

Madrid, 24 de junio de 1926.

El Secretario,

Francisco Ruano

Señor Don José Bordiú.

LAS VÍAS PÚBLICAS, LA BELLEZA Y EL BUEN GUSTO

El aspecto de las vías públicas no puede ni debe ser indiferente para los pueblos que estimen su crédito.

Una calle en la cual las fachadas de sus edificios no guardasen una misma línea; en que la altura de los unos fuese desproporcionada con relación a la de sus colindantes; que junto a un edificio de aspecto monumental o de grandes méritos artísticos, históricos o típicos hubiese una fea y pobre vivienda o un mísero albergue; o, para acabar, en la que la pintura o el decorado de las fachadas de sus edificaciones infringiesen con sus deformidades los preceptos de la estética, no podría menos que, como la monstruosa figura cuyos quiméricos rasgos traza el célebre poeta en su admirable *Epistola ad Pisones*, provocar la risa mordaz de las personas cultas y de buen gusto.

La belleza, dicen los filósofos en cuyas ideas nos apoyamos, es la propiedad que tienen de agradarnos las cosas reales o las creaciones de la imaginación luego de percibidas o conocidas. Su conocimiento, siguen diciendo aquéllos, lo adquirimos *à posteriori* por los efectos que en nosotros produce, siendo el primero de éstos el placer que inmediatamente sentimos a su aspecto, y su primer elemento en los objetos corpóreos, su regularidad; esto es, que dichos objetos se nos ofrezcan formados bajo cierto orden y sujetos a alguna ley que sirva de medida dando proporción a sus partes.

En oposición a la idea de la universalidad de la belleza en el mundo, ofrécesenos el concepto de la *fealdad*; si ésta tiene realidad o valor positivo, como parece afirman algunos, o carece de dichas cualidades, según sostienen otros, cuestión es cuyo examen no nos pertenece, aun suponiendo que estuviéramos capacitados para ello; pero sea de esto lo que quiera, lo cierto es que cuando en los objetos corpóreos que se ofrecen a nuestra vista el espíritu racional echa de ver que se han infringido los principios que generalmente constituyen la belleza, cuales son, entre otros, la proporción, la armonía, el orden, la simetría y la unidad en la pluralidad de las partes diferentes, «nuestra alma, dice un

ilustre filósofo, luego retrocede, reniega de lo que ve y no quiere reconocerlo», y esto acontece, concluimos nosotros, porque el efecto que en ella han producido aquellos objetos es de disgusto y aversión.

Ahora bien: siendo las calles de uso público, «en tal manera que también pueden usar dellos (de los ríos, puentes y caminos públicos) los que son de otras tierras estrañas, como los que moran e biben en aquella tierra do son», que decían nuestras leyes de Partida, no creemos pueda acusársenos con razón de que extremamos el argumento si decimos que en el buen aspecto de las calles se halla también vivamente interesado el amor a la patria, ese dulce y santo amor, del que ha dicho el insigne autor de las *Doloras* «es la ley de gravedad del alma», y que, como el amor filial, no consiente oír hablar mal o con menosprecio de la tierra en que nacimos sin sentir un estremecimiento de pesar o de indignación.

No es, pues, el aspecto de las vías públicas cuestión baladí y que los pueblos puedan ni deban mirar con indiferencia, pues en ello va interesado su crédito ante propios y extraños. Una calle que, con la desarmonía de sus edificaciones, infrinja las leyes de la estética, no podría menos de causarnos una impresión de aversión y disgusto, que, si redunde indudablemente en perjuicio de los dueños de aquéllas, todavía redunde más en descrédito del pueblo que lo consintiera.

Lejos está de nosotros la absurda pretensión de que las leyes u Ordenanzas municipales deban coartar las iniciativas de los particulares para construir sus edificios con arreglo a los modelos o proyectos que tengan por conveniente; pero teniendo en cuenta, de una parte, la condición de bienes públicos de las calles, y de otra que, por desgracia, el abuso suele ser compañero inseparable de la libertad, no hay duda que dejar por completo a la libre elección de aquéllos la construcción de sus fincas urbanas, en la parte exterior de las mismas, podría dar lugar fácilmente a abusos que el honor de los pueblos y su buen nombre no pueden tolerar, en razón a su oposición a los preceptos de la estética y las reglas del buen gusto.

Hemos dicho las reglas del buen gusto, y esto, habida consideración a lo expuesto en el último inciso del tema del presente trabajo, nos obliga a decir algo, siquiera sea someramente, acerca del *gusto*.

Entiéndese por *gusto*, según los tratadistas de estética, cuyas ideas profesamos, la facultad o capacidad natural, mixta de sentimiento y de inteligencia, en virtud de la cual apreciamos y sentimos la belleza, ora real, ora ideal.

Decir, como se ha dicho por alguien, que el *gusto* no puede adquirirse ni perfeccionarse, es, a nuestro parecer, un error evidente, pues si bien es cierto que el *gusto* es una facultad o capacidad *natural*, no lo es menos que estando en nosotros sólo *en potencia*, dándole luego, por decirlo así, *realidad*, una multitud de causas (educación, costum-

bres, hábitos, edad, linaje, estado social, etc., etc.), según éstas fueren, así influirán en él, ya viciándole si le son adversas, ya, por el contrario, fortaleciéndole y perfeccionándole si le son favorables. Para persuadirse de esto, basta, sin disputa, parar brevemente la atención, con un criterio libre de todo prejuicio, en las lecciones de la experiencia y las enseñanzas de la Historia. Así ha podido decir con razón un escritor que «el gusto decae con las costumbres, renace cuando éstas se regeneran, se afemina cuando las naciones se debilitan, y se realza más enérgico cuando aquéllas recobran su vigor y su libertad».

Y de ahí, de esa mutabilidad en las manifestaciones del *gusto*, bajo la influencia, ora benéfica, ora perjudicial de aquellas causas, la razón original de la conocida y errónea frase de *sobre gustos no hay nada escrito*. Frase es ésta con la que se ha querido, sin duda, explicar, o quizá justificar, aquella mutabilidad; pero que verdaderamente sólo tiene el brillo engañoso del *doublé* o de las piedras falsas, porque el gusto tiene su regla y medida en la recta razón y la sana moral, y éstas jamás podrán prestar su asentimiento a los extravíos y transgresiones del gusto llevados a cabo por las extravagancias de la moda, el loco prurito de notoriedad, la relajación de las costumbres, el desmandado afán de agradar u otras causas análogas. Ni en materia de suyo tan delicada como es la que ahora nos ocupa hay que confiar tampoco, generalmente hablando, en el voto de las mayorías, frecuentemente extraviadas en su juicio por las causas antedichas, y a cuyo influjo sólo pueden sustraerse los espíritus selectos que por *naturaleza* o por *costumbre*, o por ambas cosas a la vez, gozan de la preciada facultad «de ver y descubrir con prontitud el punto de belleza propio de cada objeto representado».

Refiere un autor, tomándolo de Cicerón, que como el poeta de Claros, en la Jonia, Antímaco, leyese una vez ante un gran concurso de personas una larga composición, fruto de su ingenio, y viese que el auditorio iba desfilando poco a poco y desapareciendo de allí, menos Platón que continuaba sentado, dijo: «Seguiré, no obstante, leyendo, porque la autoridad de Platón vale a mis ojos más que todos los que se han ido y otros muchos más».

LAS VÍAS PÚBLICAS EN LOS PUEBLOS DE LA ANTIGÜEDAD

PREHISTÓRICOS

Rápidamente vamos a permitirnos, sin presumir, como suele decirse, de bien enterados, echar una ojeada sobre el proceso de las viviendas a través de los siglos y la falta de ornato de las vías públicas en los pueblos de la antigüedad.

No ya en aquellos remotos y nebulosos días de la época prehistórica, dicho sea en honor de la ciencia y de pasada, en parte desvanecidos por la ímproba y perseverante labor de paleontólogos y antropólogos, que se caracteriza por las señales claras de la presencia del hombre, sino aquellos otros relativamente más recientes, aunque separados de nosotros por una larga cadena de centurias que sucedieron al Diluvio, «el fenómeno geológico más grandioso de cuantos han ocurrido desde la aparición del hombre», en frases de un distinguido exégeta (1), las habitaciones primitivas de aquél no hay duda que tuvieron que ser las grutas y las cavernas.

Sin duda, puesto que así lo da a entender el autor del Génesis (2), que los nuevos habitantes de la tierra, o sea los descendientes de Noé, no debieron hallarse desprovistos de los conocimientos de la arquitectura; pero sin duda también que la enorme mutación que la orden divina, dictada en castigo de la soberbia de aquéllos, obligándoles a dispersarse por la haz de la tierra, tuvo que producir entre ellos tal confusión y desorden, que no sin razón es de creer que su vida vagabunda, de una parte, y su falta de instrumentos, de otra, les obligarían como a sus antepasados antediluvianos a no tener en los principios otras habitaciones que las que la naturaleza les ofrecía en las cuencas y cavidades de los riscos.

El ejercicio de la agricultura, a que tras de un período de tiempo más o menos largo de vida errante tuvieron que dedicarse aquellos

(1) *El Diluvio*, por el R. P. Eduardo Llamas.

(2) Gén., cap. XI, vers. 4.

pueblos para satisfacer las imperiosas necesidades de la vida, debió obligarles a establecerse con cierto carácter de permanencia en lugares propicios a su mismo modo de vivir, y, como consecuencia de ello, a construir viviendas más cómodas y agradables, sirviéndose al efecto, en un principio, de cañas y de ramas, troncos y cortezas de los árboles y de las tierras barrosas. Y si los azares y las contingencias de la vida les harían comprender la conveniencia de agrupar sus rústicas viviendas para mejor socorrerse en casos de necesidad, los adelantos de la arquitectura, mediante la invención de instrumentos auxiliares de dicho arte e indispensables para el mejoramiento y progreso del mismo, les induciría a cambiar sus toscas y poco seguras habitaciones por otras mas sólidas y consistentes, dando con ello origen a las ciudades.

BABILONIA Y NÍNIVE

Las primeras de éstas de cuya fundación tenemos noticias ciertas son las que las Sagradas Escrituras (1) nos dicen que fundaron primero Nemrod y luego Assur, sobresaliendo entre ellas Babilonia y Nínive.

De Babilonia, que, según expresión del célebre filósofo de Etágira, más parecía encerrar una nación entera que una simple ciudad, sábese que sus viviendas tenían cuatro pisos y que las calles estaban tiradas a cordel; pero nada dicen, que sepamos, los antiguos escritores acerca del aspecto de aquéllas ni del ornato de las vías públicas.

En cuanto a su competidora la ciudad de Assur, si como de Babilonia, por sus pensiles, sus murallas, diques y otras construcciones suelen hacerse lenguas los aludidos escritores, no son, sin embargo, más explícitos en punto al aspecto de sus casas ni al ornato de sus calles.

TEBAS Y MENFIS

Hermanas y rivales, a semejanza, pudiéramos decir, de Babilonia y Nínive, fueron las famosas ciudades egipcias de Tebas y Menfis, tan entusiásticamente celebradas por los referidos escritores, especialmente la última; sin que esto, no obstante, nada se encuentre en sus relaciones de lo que pueda inferirse con fundado motivo que las vías pú-

(1) Gén. X, vers. 10 y 11.

blicas de dichas ciudades reunieran condiciones de belleza ni aun de gusto artístico las fachadas exteriores de los edificios de particulares.

Y no es de extrañar, en verdad, que así sea, pues haciéndose estribar en aquellos pueblos, al igual que en la India y la China, la belleza arquitectónica en la grandeza material de los monumentos y la grandeza de las ciudades en la multiplicidad y colosales dimensiones de éstos, y faltos, por otra parte, dichos pueblos, aun los de mayor civilización de entonces, del elevado grado de cultura que supone el ornato de las vías públicas, natural era que no llamara la atención de los fundadores y restauradores de aquellas antiguas ciudades esa rama de la policía urbana que la amplitud de horizonte en la sociedad de nuestros días, sus exigencias, sus adelantos y sus refinamientos hacen, y con razón, que se considere de decoro nacional.

GRECIA

Pero hay más: aun Grecia, que fundó, según acertada frase de un escritor anónimo de nuestros días, la escuela y el templo del gusto; Grecia, que levantó monumentos y labró estatuas de insuperable belleza y tuvo pintores como Apeles y Zeuxis; Grecia, que culminó con sus filósofos, sus literatos y sus artistas en todas las manifestaciones del saber de su tiempo, no prestó, sin embargo, atención al ornato de las vías públicas de sus ciudades. «Las calles de Atenas, la ciudad que encerraba los más bellos monumentos de Grecia, dice un célebre historiador, eran irregulares, oscuras, sin empedrar, fangosas y con casas pobres y pequeñas». Lo cual prueba que, según dejamos indicado antes, no basta la civilización por sí sola para despertar en los pueblos el interés que deba inspirarles el ornato de sus vías públicas, sino que es necesario además que aquélla vaya acompañada y avalorada por una refinada cultura, y en parte también por un gran sentido jurídico.

ROMA

Humilde, y más que humilde, como en su origen la ciudad sede de las artes, lo fué en el suyo la ciudad sede del derecho, que cualesquiera que fueren los futuros destinos de estas ciudades no podían por eso de eximirse de lo que son preceptos universales e inviolables de las leyes de la vida, saliendo de la tierra, como Minerva de la frente de Tonante, poderosas y espléndidas.

«La ciudad de Roma, dice Montesquieu, ni aun tenía calles, como no

se dé este nombre a la continuación de los caminos que allí conducían. Las casas estaban sin orden y eran muy pequeñas». «Cabañas eran, dice otro escritor, las que cubrían la falda y el pie de las siete colinas, y puede reconstruirse mentalmente su grosera forma viendo las urnas cinerarias halladas bajo la lava del monte Albano». La misma significación del vocablo latino *callis*, senda o camino estrecho, según el Diccionario etimológico de Roque Barcia, pudiera muy bien decirse que demuestra el poco envidiable concepto que las vías públicas merecían a los primitivos romanos.

Claro que más adelante, cuando ya la humilde ciudad de Rómulo era rica y potente y la embellecían portentosas construcciones, tuvo a fines de los esplendorosos días de la República, calles hermosas, como la vía Flaminia, recta y adornada con magníficas viviendas, y plazas como la famosa del Foro, rodeada de bellos pórticos, detrás de los cuales se elevaban soberbios monumentos; pero las malas condiciones del terreno de su emplazamiento, constituido, como es sabido, por las siete famosas colinas; la despreocupación con que se miró su reconstrucción después del incendio por los galos, dejando a cada cual la elección de sitio para edificar sus viviendas; la pobre apariencia de las fachadas exteriores de sus casas, por lo general de pocos pisos y mequinos, con escasas ventanas y puertas que se abrían hacia fuera, tuvieron que ser óbice para que sus vías públicas llegaran a tener el aspecto que la grandeza de Roma y el alto grado de florecimiento que allí alcanzó la arquitectura daban derecho a esperar. «Las vías de Roma, dice el insigne historiador Cesar Cantú, aun en los mejores tiempos, eran malas».

Sin embargo, como en tantas otras materias, cuestiones e instituciones jurídicas hay que buscar en la legislación romana los orígenes de las mismas, así también en el particular de que se trata hay que acudir a dicha legislación para hallar los primeros y verdaderos precedentes de aquél.

En efecto: allí, en Roma, y en su famoso código de las Doce Tablas, si en parte diminuto, grande en sus esencias, y del cual ha llegado a decirse por un autor anónimo que respecto a lo que en la actualidad llamamos policía urbana podría servir hoy mismo de modelo a los pueblos más cultos, es donde se encuentran los primeros preceptos legales relacionados con la materia objeto de nuestro trabajo (1).

(1) Aunque admiradores como el que más del profundo saber de los jurisconsultos romanos, aparte algunos errores de los mismos propios de la época, y sin negar los méritos, generalmente hablando, de las leyes de las Doce Tablas, y especialmente de la Séptima, a la cual suponemos que se refiere el anónimo escritor aludido en el texto, hemos de decir en honor a la verdad, sinceramente hablando, que, a nuestro juicio, hay bastante de hiperbólico en sus palabras.

Y como toda función—y aquí podríamos considerar como tal los indicados preceptos del mencionado Código—supone necesariamente un órgano para su realización, confirióse a los ediles—«C'était une sorte de prefecture de police, subordonnée aux tribuns et aux consuls», dice M. Ch. Giraud (1)—el cuidado de velar por el cumplimiento de los referidos preceptos, señalándoles las atribuciones, entre otras, de cuidar de las construcciones y de la alineación y aseo de las calles (2). Con lo cual, esto es, con la designación y atribuciones de estos magistrados y aquellos preceptos quedaron sentadas las bases sobre las cuales habían de formar las naciones modernas, en el andar de los tiempos, y el continuo progresar de las mismas, su legislación sobre tan interesante ramo del gobierno y administración de los pueblos.

ESPAÑA

Dominación romana

El pueblo romano, que en continuo contacto con todos los pueblos civilizados de su tiempo había sabido ir asimilándose todos o casi todos los adelantos y conocimientos de aquéllos, supo adueñarse, con la sabiduría de sus leyes, de la voluntad y el respeto de los pueblos que sus victoriosas legiones iban de día en día incorporando al Imperio por la fuerza de las armas, asegurando así su dominación sobre ellos.

Por lo que a España respecta, la penetración, como ahora se dice, de la poderosa metrópoli fué tal, que bien han podido decir los ilustres civilistas La Serna y Montalbán que nuestros ciudadanos dividieron

(1) *Histoire du Droit romain.*

(2) Acerca de lo que eran las calles de Roma trae muy curiosas noticias el célebre historiador César Cantú en su monumental y conocida *Historia Universal*, y de entre ellas copiamos las siguientes: «El que tiene o tuviere, sea en Roma o a una milla de circunferencia, una casa por delante de la cual pase una calle pública, deberá contribuir a la conservación de ésta según exija el edil encargado de aquel barrio. El edil cuidará de que cada propietario conserve como es debido la calle delante de su casa, de modo que el agua no se estanque y la haga incómoda.

»El propietario que tenga delante de su casa una acera, cuidará de que las piedras se conserven unidas, enteras, planas, según lo disponga el edil de aquel barrio.

»Se vivía en las calles públicas; en ellas se jugaba a la pelota; se formaban corros, especialmente delante de las tiendas de barberos, perfumistas y salchicheros; los operarios tenían fuera sus banquillos. Por tanto, los magistrados necesitaban de lictores para tener libre el paso; las demás personas, dice Plauto, si estaban de prisa, debían hacer tres cosas a un tiempo: correr, litigar y reñir.»

con los de Roma los honores de las magistraturas y aun la púrpura de los emperadores; que nuestras poblaciones, muchas de las cuales gozaban del derecho itálico, se ostentaban ricas y florecientes; que las leyes de Roma llegaron a ser las leyes de España, su idioma, nuestro idioma, y sus costumbres, nuestras costumbres. En su consecuencia, natural era que sus magistraturas fuesen también, generalmente hablando, nuestras magistraturas, y por tanto, que, como en Roma, hubiese también decuriones y ediles en las poblaciones de la provincia de España, con iguales o parecidas atribuciones que aquéllos (1).

Mas como no hay adelanto ni fenómeno alguno que en sus principios no adolezca de defectos, también adolecieron de ellos estas magistraturas en los comienzos de su vida con relación a sus facultades sobre el ornato de las vías públicas de las ciudades; asunto este que, como dejamos dicho en el capítulo que precede, sólo miraron los romanos, y después de todo era natural que así fuese, desde puntos de vista muy limitados. Y si eso sucedía, y repetimos era muy natural que así sucediese, respecto de los romanos de aquellos lejanos días, y no sólo en cuanto a su propia ciudad, sino también en cuanto a otras del territorio itálico (2), igualmente famosas por la belleza de sus edificios, claro es que no hay razón alguna que autorice a creer que los habitantes de las antiguas ciudades de España atendiesen con más interés que aquéllos a ese interesante ramo de la policía urbana, sin que esto obste para que muchas de las indicadas poblaciones de la provincia de España se hallaran dotadas, como lo estaban, de grandiosas construcciones, y desde otros puntos de vista se ostentaban ricas y florecientes.

Irrupción y dominación de los godos

Cualquiera que sea el concepto que se tenga de la Edad Media, esto es, ya se la considere como una época de completa barbarie, que empezando en la caída del Imperio no termina hasta el siglo xv, según unos, ya como la época más brillante y fecunda de la Historia, al decir de otros, o ya, en fin, como una época de doble faz que tiene su tesis y su antítesis, según desde el punto de vista que se la mire, como sienten

(1) La existencia de los decuriones, decenviros y ediles en las poblaciones de la provincia de España está acreditada, entre otros testimonios, por la multitud de medallas de varias ciudades que enumera y describe el ilustre historiador D. Juan Francisco Masdeu en su *Historia crítica de España*.

(2) Las calles de Pompeya eran también estrechas y tortuosas, no obstante el alto grado de cultura artística de aquella célebre e infortunada ciudad de la Campania.

otros, lo que no cabe discutir es que la invasión de aquellas grandes masas de hombres, que viniendo del Norte de Europa, se derramaron por el Mediodía y Occidente arrasando la tierra como una lengua de fuego, en frases de un ilustre historiador (1), tuvo que producir, como en efecto produjo, una profunda y enorme confusión en todos los órdenes de la vida de los pueblos, no menor seguramente que la que en otros más remotos días hubo de producir el gran fenómeno geológico que dispersó a los hombres por la haz de la tierra y los sumió en las densas y negras tinieblas de la ignorancia. Que durante el largo espacio de tiempo que comprende dicha época fuera *todo* en ella ignorancia y barbarie es, sin disputa, un error evidente, como lo demuestran las páginas de la Historia, leídas, por supuesto, sin determinados prejuicios; pero también lo será creer que los siglos subsiguientes a aquella inmensa catástrofe hasta la invasión sarracena, y aun siendo los visigodos los menos bárbaros de las feroces hordas del Norte, pudieran éstos fijar su atención, ni mucho menos, en materia que como el ornato de las vías públicas de las ciudades requiere de suyo, según dejamos dicho en otro lugar del presente trabajo, y lo demuestra la Historia, un elevado grado de cultura de que los invasores carecían, por lo cual, sería evidentemente superfluo cuanto aquí añadiéramos a lo expuesto.

La invasión sarracena

La invasión de los árabes no fué más favorable para el desarrollo de este hoy interesante ramo de nuestra policía urbana, pues aunque dotados de un gran genio civilizador, y poseedores, así en orden de las ciencias como en el de las artes, y de éstas especialmente en arquitectura, de conocimientos de que en absoluto carecían los godos, su idiosincrasia, sus costumbres, sus hábitos y hasta sus ideas religiosas, eran en ellos obstáculos insuperables para el desarrollo del expresado ramo de policía urbana. Prueba evidente e irrefutable de lo primero son los admirables monumentos que de los árabes nos quedan, así como de lo segundo, o sea de la despreocupación o, mejor diríamos, del desvío con que, por el contrario, miraron el ornato de las vías públicas de las ciudades, lo son las calles estrechas, tortuosas, sombrías, y en parte a veces cubiertas por pasadizos, de las ciudades que habitaron y de las cuales aún se conservan algunas en pie, si no en su totalidad, por lo menos en cuanto a cierta parte de ellas.

(1) D. Modesto Lafuente, en su *Historia general de España*.

La reconquista

La guerra que por espacio de cerca de ochocientos años tuvieron que sostener los españoles con los árabes para arrojarlos de nuestro suelo; las luchas civiles, ya entre los mismos invasores, ya entre los príncipes y magnates cristianos, que casi sin cesar ensangrentaban el solar español; el estado de constante zozobra y alarma en que se hallaba el país por las continuas algaradas y correrías de los del uno o del otro bando; los frecuentes asedios, conquistas y reconquistas de lugares y ciudades, y, como consecuencia de ello, la necesidad de atender, sobre todo, a la seguridad y defensa de éstos; la rudeza de costumbres propias de una época toda llena de peligros y azares, en la que de nobles y plebeyos podría decirse con el romancero que

«sus arreos eran las armas,
su descanso el pelear»;

y, para acabar, hasta la organización de la sociedad de aquellos días, si no impidió que el genio artístico de los árabes y su espíritu religioso levantase primorosos palacios y bellísimas mezquitas, y la piedad y munificencia de los reyes y poderosos magnates españoles erigiesen grandiosos monasterios, admirables iglesias y maravillosas catedrales, con el valioso concurso unos y otros de egregios artífices y artistas, fueron, sin embargo, obstáculos invencibles para el desarrollo del gusto artístico en lo tocante al ornato de las vías públicas de las ciudades.

MADRID

Antes de ser corte

No hubo ni hay razón para que Madrid se eximiera de la ley general de abandono de sus vías públicas, y ya fuesen los griegos, que vinieron, según los cronistas, con el príncipe Ocnos-Bianor, hijo de Tiberio, rey de Toscana, y de la adivina Manto (1), ya fuesen los romanos sus fundadores (2), que es cosa que ahora no nos interesa dilucidar, lo

(1) De aquí el nombre de Mantua. Opinión sostenida por el maestro Hoyos.

(2) D. Miguel Cortés y López sostuvo que en el sitio de la actual villa de Madrid «estuvo, no la Mantua de Tolomeo, sino la mansión militar romana señalada con el nombre de *Miacum* en el itinerario de Antonino». *Diccionario geográfico-histórico de la España antigua*.

cierto es que hasta su definitiva conquista por Alfonso VI no adquirió importancia, siendo la villa, como la totalidad de las de entonces, un pequeño lugar cercado de murallas y con calles desprovistas aun de los más escasos rudimentos de policía urbana, ya que no diremos de los de ornato, porque éstos eran desconocidos.

Reconquistada la plaza por el mencionado rey Alfonso VI, no tardó Madrid en tener su fuero, que le fué concedido por Alfonso VIII para premiar los servicios y la fidelidad de sus moradores, y en cuyas disposiciones no hay nada que ni de cerca ni de lejos se relacione, no ya con el gusto de las fachadas, sino con la belleza de las calles, de las que algunas fueron abiertas en tiempos de Fernando el Santo, en cuyo reinado «se hicieron también algunas reformas, tales como trasladar la puerta de Balnadú a la Cuesta de Santo Domingo, sustituir la puerta de Guadalajara y abrir en la plaza de la Cebada otra puerta en dirección a Toledo» (1).

Franquicias y privilegios le siguieron concediendo los reyes; pero ni se consignan disposiciones que atendiesen al ornato de las calles, ni los regidores se ocupaban de materia hoy tan importante. El haber fundado en ella Enrique II un palacio real (2); el aumento que sufrió la población haciendo que sus cercas se agrandaran; las reformas que se hacían, tales como el ensanche de la plaza de San Salvador (hoy de la Villa), concedida por Enrique IV (3), ni, finalmente, la estima que los Reyes Católicos la manifestaron celebrando en ella cortes en los años 1478, 1482 y 1509 (4), fué motivo bastante para que la villa cambiara de aspecto. Mas ello no tiene nada de extraño, ya que mal podían ocuparse en el aspecto estético de las vías públicas, cuando en la *Recopilación de Ordenanzas de Madrid y su término*, del año 1500, se determina cómo se ha de hacer la limpieza de las calles y se prohíbe el que los puercos anden por ellas a su antojo, diciéndose lo que a continuación insertamos:

«Otrosy, por quanto es apostura desta villa de madrid y sus arrabales que sus calles y plaças esten linpias y llanas, y aun por que los malos olores corronpen el ayre de que puede venir enfermedad a los honbres que por ellas andan e por cerca dellas moran, los dichos fieles han de hazer las dichas plaças y calles alinpiar doquier que fuere menester, con acuerdo de la justicia e de algunos de los rregidores de la dicha villa, a costa de los vezinos mas cercanos dellas, y que pague

(1) Ortega y Rubio, *Historia de Madrid*.

(2) Azcona, en su *Historia de Madrid*. Según Mesonero Romanos, en su libro *Antiguo Madrid*, lo que realizó fué nuevas obras.

(3) Este curioso documento se conserva en el Archivo del Ayuntamiento.

(4) Las primeras para restaurar la Santa Hermandad; las segundas para reformarla y, finalmente, las terceras para hacer una expedición a Africa.

cada vezino por su pertenencia lo que ellos ordenaren, e si alguna casa no fuere del que morase en ella y la tuviere por su alquiler, lo que así le cupiere que lo pague del alquilé de la tal casa, y su dueño della gelo rreciba en cuenta de lo que ouiere a dar del dicho alquilé, so pena de cient maravedis para los dichos fieles a cada uno dellos que fueren rrebeldes e lo non quisieren hazer, y demas que a costa dellos lo hagan hazer los dichos fieles.»

«Otrosy, que no anden puerco por las calles e plaças desta villa e sus arrabales e que cada uno eche sus puerco al porquerizo o a quien los guarde fuera de la dicha villa, o los tengan en sus casas encerrados y atados de manera que no anden sueltos por la dicha villa ni sus arrabales, so pena que por cada puerco que hallaren suelto por las dichas calles o plaças pague de pena su dueño por cada puerco veynté maravedis a los dichos fieles o a la persona que los tomare o prendare y que pueda tener prendados y encerrados los tales puerco hasta que les paguen la dicha pena, y ademas que qualquier persona que hallare puerco o puerco en su casa o en las calles o plaças dentro en la villa o en sus arrabales que los pueda matar y sea provechar dellos y tonar para sy sin pena alguna, y que el dueño del tal puerco o puerco los haya perdido e pierda sin otra sentencia ni declaracion alguna.»

Después de ser corte

«Inmediatamente que Felipe II trajo la corte a Madrid vinieron a establecerse en la villa del Manzanares nobles y magnates, dejando los palacios que poseían en otras ciudades o en los pueblos donde radicaban sus señoríos. Si en un principio se acomodaron en caserones de mal gusto y sin belleza, luego levantaron mejores y más cómodos edificios. Entonces hubieron de cambiar las condiciones de la que era una población más o menos modesta, pues al levantarse los nuevos edificios para los representantes de las clases privilegiadas y también para los empleados de la Administración pública se destruyeron muchas pobres viviendas» (1).

Así es lógico presumir que sucediese; pero que no aconteció como era de esperar, lo prueba los contados edificios que de aquella época restan, tales, entre otros, como la finca número 11 de la calle de Ceres, y la 15 de la calle de Silva, en cuya fachada existía una inscripción con el año en que fué edificada (1606), casas ambas que a la hora presente

(1) Ortega y Rubio, obra citada.

la demoledora piqueta de la llamada Gran Vía habrá echado abajo; lo prueba también el célebre plano de Texeira, o de Amberes, al que basta echar una mirada para convencerse del aspecto exterior de las casas, pobre y sin ornato, y de la tortuosidad y estrechez de las calles.

El insigne escritor Dionisio Chaulié dice en su libro *Cosas de Madrid: Memorias íntimas*: «Si causa extrañeza la apática indiferencia de la corte de las Españas desde 1560, en que la majestad de Felipe II la escogió para residir en ella, ante los graves cambios y acontecimientos que tanto afectaron al inmenso poderío español, no influyendo nada en sus costumbres generales ni particulares, mayor debe causar que su engrandecimiento material siguiese el mismo compás en cuanto a mejoras y brillantez de sus condiciones urbanas.

»Es cierto que fijada la capitalidad definitivamente por Felipe III en 1606, se amplió la población, construyéndose la Plaza Mayor y alguno que otro edificio notable relativamente a los demás; pero este movimiento material de ensanche puede compararse a la facultad de los moluscos para nutrirse, crecer y desarrollarse, por más que el naturalista halle fenómenos dignos de estudio en esta vida orgánica y estrecha que ni aun el ardiente sol de los trópicos consigue animar de otra manera que mejorando algún tanto su calidad interna, pero sin grandeza en el exterior ni mucho menos comunicando a sus formas la elegancia y brillo de otras producciones colocadas en igual latitud.

»Con efecto, apenas se comprende sin largo examen y profundo conocimiento en las cosas de Madrid cómo un pueblo escogido por la salubridad de su clima y hermosura de su cielo para capital del imperio más grande que han conocido los siglos, dueño de los metales preciosos del Nuevo Mundo, en tiempo de los famosos arquitectos Juan de Toledo y Herrera, con un monarca inteligente en arquitectura, como lo era Felipe II, apenas se comprende, vuelvo a decir, cómo se desarrolló con tan mezquino caserío, tan irregulares y torcidas calles, sin reglas de ninguna clase para edificar, sin alineación ni forma, solidez ni armonía en ninguna de sus partes. Y esto en un lugar donde todo estaba por hacer, pues lo hecho anteriormente valía tan poco que hubiera podido regularizarse sin gran coste o dejar al tiempo y al buen ejemplo su restauración.

»Ha dicho Víctor Hugo—continúa diciendo Chaulié—que los pueblos escriben su historia en las diversas construcciones que transmiten a los venideros. Si esto es cierto, nadie negará que el pueblo de Madrid gozó de la más amplia libertad, según con la que se le permitió edificar; así como mal pueden compaginarse las acusaciones de orgullo y soberbio desenfreno de que son objeto ministros como D. Rodrigo Calderón y Valenzuela, que se contentaban con habitaciones tan modestas como aún se nos muestra la del primero, en la calle de San Bernardo, y la del segundo, en la renombrada casa del Duende (si es cierto que en

ella vivió), ridícula a más de impropia de tan potente favorito; verdad es que no fueron mejores, aunque sí más destartalladas e inmensas, las del conde-duque de Olivares y duque de Lerma.

»Ni un monumento digno de memoria debió la corte a la dinastía austriaca. En cualquiera de las ciudades capitales de los antiguos reinos de Castilla y Aragón los había mejores que en la residencia de los monarcas de dos mundos, pues de seguro no son para encarecidas obras como la Puente Segoviana, de Juan de Herrera, de tiempo de Felipe II; la Plaza Mayor, del reinado de Felipe III; la Cárcel de Corte, el Ayuntamiento y la casa de Uceda (los Consejos), obras más notables y elevadas por la munificencia de los monarcas.

»Pero ¿qué mucho, si ellos mismos, dueños de los soberbios alcázares de Sevilla, Toledo y la Alhambra, vivían en el desabrigo de Madrid, sin otra grandeza que su mucha extensión y lujo en adornos interiores, por más que le ponderen sus panegiristas, y como lugar de recreo y esparcimiento aderezaban el casón en el Retiro, obra de Felipe IV?

»Y no es que en su tiempo se ignorase el arte de construir ciudades; ahí están las de Méjico, Montevideo y Buenos Aires, fundadas en aquel tiempo por los españoles, con suma regularidad y calles tiradas a cordel; conocidos son los nombres de arquitectos tan excelentes como Vera, Montenegro y Mora, además de los ya mencionados; y no hay que dudar de la firme voluntad e inteligencia del fundador de El Escorial y del buen gusto artístico de sus sucesores, demostrados en la magnífica galería de pintura y escultura que reunieron. Mas si fuera permitido recurrir a hipótesis para explicar un hecho incomprensible podría suponerse algo misterioso en la condición de Madrid, que le ha llevado siempre a contentarse con poco en lo material, satisfecho en los goces de su altivo pensamiento; impulso con fuerza de naturaleza en muchos heroicos pueblos, al que los mismos soberanos no pudieron hacerse superiores. De otra manera los particulares hubiesen procurado vivir por lo menos con más holgura, sin satisfacerse con un zaguán sucio y una escalera lóbrega y estrecha, hasta el punto de no poder pasar dos personas por ella; y en lo interior, algunas salas interminables con entradas bajas, ocupando lo demás aposentos oscuros, sin ventilación, mal unidos entre sí por corredores, pasillos y escalones, que hacían peligroso aventurarse sin práctica en sus revueltas y desigualdades. Viviendas, en fin, que *tenían sombra*, según gráfica expresión que resume su estructura. Así eran, no sólo las casas bien acomodadas, sino que en las de la grandeza subían de punto las irregularidades, como puede verse en algunas que existen de aquella época, a pesar de las reformas que han sufrido.

Si con tan poco gusto se desarrollaba la edificación civil, no era mayor el que presidía a las fundaciones, iglesias y conventos, en que

con celo indiscreto, propio de aquella época, consumían sus tesoros los reyes y magnates, si bien entre más de setenta edificios religiosos no haya uno sólo digno de compararse a las catedrales contemporáneas de Granada, Salamanca y Segovia, cuanto menos a las antiguas de Burgos, Toledo y Sevilla. Grandes las dependencias de muchas de ellas, contribuían con sus extensas cercas a dar a la población el aspecto solitario y conventual que hemos conocido.»

Era natural que esto sucediese. Considerábase casi como un delito enmendar la plana a la naturaleza, y se edificaba donde se podía, dejando todos los altibajos que se encontraban. Los innumerables conventos que taponaban las calles; las casas o palacios de los magnates desprovistos de gusto en sus fachadas; la poca anchura de las vías públicas, hacían que éstas fuesen unas callejuelas con infinidad de rincones, encrucijadas y recovecos.

Mas ¿qué tiene de extraño si la limpieza de las calles seguía siendo desconocida? Dos días a la semana estaban señalados para hacer ésta, y se llamaban *días de marea*, en la que los vecinos tenían la obligación de barrer las puertas de sus casas. Mas ¿qué tiene de extraño si el alumbrado público de las calles era también cosa desconocida? Recientes son, como quien dice, las disposiciones ordenando alumbrar los portales, así como también aquellas otras prescribiendo que se pusieran faroles en las fachadas de las casas.

Período de reformas

Aquel famoso ministro de Carlos III, Esquilache, tan odiado de los madrileños, podemos decir que fué el que inició el ciclo de reformas urbanas, contribuyendo al ornato de la población, ayudado por el ingeniero Sabattini y el arquitecto Ventura Rodríguez. A partir ya de esta época comienza la corte a urbanizarse, aunque en punto a salubridad e higiene seguía siendo el mismo poblacho que en tiempos de los Reyes Católicos (1).

La reforma de la Puerta del Sol fué otra de las mejoras que se hicieron, pues para edificar el que hoy es Ministerio de la Gobernación hubo que tirar abajo infinidad de casuchas de mísero aspecto.

Pero quien en verdad hizo grandes reformas fué el rey José Bonaparte, que inspirado por sus buenos deseos emprendió una serie de mejoras, a las que el pueblo madrileño, con su chispeante gracejo,

(1) El famoso «agua va» con que los madrileños arrojaban a la calle las aguas sucias de sus casas y los montones de basura que aparecían delante de las puertas, demuestran bien a las claras lo que decimos.

puso su comentario irónico, y llegó hasta a motejar al hermano de Napoleón con el sobrenombre de *El rey plazuelas*.

Este monarca emprendió las obras que convirtieron la plaza de Oriente en la gran plaza que hoy contemplamos, para lo cual hubo que procederse al derribo de infinidad de edificios. Y cuentan que por la mente del llamado rey intruso pasó el que desde el balcón del Palacio Real, situado encima de la Puerta del Príncipe, se pudiera contemplar la fuente de la Mariblanca que en el centro de la Puerta del Sol vertía el caudal de sus aguas, con lo que se hubiera hecho una grandiosa avenida.

«Cuatro fechas, 1760, 1810, 1835 y 1869, simbolizan las grandes reformas que han sacado a Madrid de la miserable condición a que continuaba reducido, cuando llevaba más de dos siglos llamándose capital de dos mundos», escribe Fernández de los Ríos en su *Guía de Madrid*.

He ahí fijados con más autoridad que pudiera hacerlo mi modesta pluma los períodos de reforma de Madrid, hasta que en el siglo XIX se verifica la espléndida transformación que la ha hecho ponerse entre las primeras de las grandes capitales del mundo civilizado.

* * *

Como entusiastas arqueólogos que enamorados de lo pasado recorren rápidamente, por carecer de tiempo para más, los lugares célebres por su tradición, o en los anales de la Historia, para satisfacer su sed insaciable de preciadas reliquias de los días que fueron, así nosotros hemos recorrido rápidamente, por no permitirnos otra cosa razones fáciles de comprender, las calles de las antiguas ciudades, buscando en sus ruinas y entre los escombros de las mismas el espíritu artístico, en lo referente al ornato de sus vías públicas, de los pueblos que las habitaron. Si este recorrido lo hemos hecho demasiado de prisa, y a veces saltando por encima de aquellos escombros y de las simas que interceptaban nuestros pasos, o si, por el contrario, lo hemos alargado más de lo que debiéramos, no nos toca a nosotros juzgarlo, ni es quizá, y aun sin quizá, cuestión que después de todo merezca que se fije en ella la atención atendiendo a la letra del tema para esta Memoria señalado.

En cambio, estimamos de innegable interés por la indiscutible autoridad de su autor, y por ello que copiemos aquí *ad pedem litteræ*, como final de esta parte de nuestro trabajo y resumen de lo expuesto en las cuartillas que preceden, lo dicho por el ilustre general Marvá en el admirable prólogo de un trabajo sobre urbanización, y que tomamos de la notabilísima Memoria del preclaro ingeniero director de Vías públicas de Madrid, D. Pedro Núñez Granés, premiada por el excelentísimo Ayuntamiento de dicha villa en el concurso del pasado año de 1924.

Dice así el insigne general:

«La *civitas* de los tiempos antiguos y medievales no es una forma de organización social, sino una forma de *amontonamiento* social. No existe el ciudadano como individuo de una colectividad jurídica, política y administrativa; la división en castas asocia las capas humanas cual estratos de una formación geológica; el deslinde de las clases sociales se exterioriza por contrastes violentos de opulencia y de miseria; al pie de la mansión fastuosa negrea el agujero del reptil en que anida el paria, el ilota, el esclavo o el pechero; aun en recientes períodos de la Historia se ve a la raza vencida confinada en barrios como los de la Morería y Judería; no hay entre los distintos seres humanos otro nexo que el de la defensa común, y esta idea predominante, incubada en el ambiente batallador de los siglos pasados, se acusa en todos los detalles de su organización municipal; sus calles son adarves, sus plazas reductos, sus puertas rastrillos y sus contornos altas y recias murallas, que lo mismo pueden significar un arnés de defensa que un grillete de opresión colectiva.»

«¡Cuán distinto el aspecto—continúa diciendo el sabio general—de la ciudad moderna! Ella es el asiento del hombre libre, y en sus ámbitos se realiza la cohesión armónica de los diferentes elementos sociales.

»Arrancadas del raigal humano las carcomidas bases en que se asentaban los privilegios de casta, los prejuicios de secta, las apelaciones a la fuerza, las presas por conquista y las brutales expoliaciones por el egoísmo y la soberbia; abandonados los derroteros que guiaban la sociedad hasta la polar de la guerra, no para la reivindicación de legítimos intereses, sino para saciar las ansias de dominio y de rapiña; afirmada la noción de la igualdad humana; proclamada la inviolabilidad de los derechos del hombre; elevado su concepto jurídico; dignificado el trabajo; asegurada la propiedad y afirmado, en fin, el principio de la supremacía del bien colectivo sobre el provecho individual, el hombre se alzó sobre sí mismo, y saliendo de su inmunda gusanera se arrojó a la lucha de los comicios en demanda de aire y de luz.

»La ciudad tuvo que romper las pesadas cadenas de sus murallas, como el guerrero había roto ya los opresores hierros de su armadura.

»Surge entonces la ciudad moderna, y aparece una nueva ciencia: la *ciencia de la urbanización*.»

Y con ella—nos permitimos añadir nosotros a las elocuentes palabras del ilustre general—y el continuo progresar de los conocimientos humanos, la radical transformación de las viejas ciudades, semejantes a grandes fortalezas, en ciudades alegres y sanas, con frondosos parques, lindos jardines, plazas anchurosas y calles bien orientadas, rectas, limpias, soleadas, y bellos edificios de fachadas armónicas con las de los demás de la misma vía.

LEGISLACIÓN ESPAÑOLA

Casa de Austria

Después de lo expuesto no creemos que pueda ser para nadie motivo de extrañeza el silencio de nuestros antiguos códigos—tan ricos por lo demás en sabios preceptos sobre toda clase de materia y cuestiones—en punto a ornato de las vías públicas de las ciudades.

La suavidad de las costumbres de la sociedad moderna; el portentoso incremento de las vías de comunicación; la prodigiosa facilidad actual para el intercambio de todo género de informaciones entre los diferentes pueblos, aun los más apartados los unos de los otros; los maravillosos adelantos en todos y cada uno de los varios ramos de la actividad humana, y, para terminar, la completa transformación de la sociedad antigua llevada a cabo por la fuerza arrolladora de las nuevas ideas, han hecho, si no el nacer en los pueblos el deseo de embellecer sus ciudades, porque *el sentimiento de vanidad de bien parecer, de gusto estético, es innato en el hombre*—en frases de un muy ilustre arquitecto—, lo mismo en las colectividades humanas, que se desarrolle en ellas aquel deseo vivamente, vehementemente, obligando a gobernantes y legisladores a salir del estado de sopor o lamentable indiferencia en que se hallaban con relación a este asunto, y con el valioso concurso de los ilustres especialistas de la flamante *ciencia urbanística*, parar detenidamente su atención en este hoy importantísimo ramo de la administración municipal.

Sin embargo, omisión imperdonable sería dejar de recordar, en merecido acatamiento a la verdad y honra de nuestra patria, que, como en tantas otras materias y cuestiones, no fueron nuestros gobernantes los últimos, ni mucho menos, en darse cuenta del viejo y grave mal que en este concepto aquejaba a los pueblos y de acudir a su remedio, dentro, por supuesto, de lo que las circunstancias de los tiempos permitían.

En efecto: en los albores todavía de la Edad Moderna, cuando ésta apenas dejaba entrever en los balbuceos de su infancia las trascendentales ideas que estaba llamada a realizar, y en medio de las grandes preocupaciones del Gobierno español en aquellos gloriosos días de

nuestra historia en que *no se ponía el sol en los dominios españoles*, ya aquél fijaba su mirada en el particular que nos ocupa, como lo atestigua la cédula de Don Carlos I y Doña Juana dada en Madrid a 28 de junio de 1530 (1).

A partir de esta fecha, y hasta llegar al año de 1805, en que se publicó la Novísima Recopilación, nada hay en puridad de verdad en nuestra legislación que por su novedad, *generalidad* e importancia merezca que nos detengamos en ello (2). Decimos *generalidad*, porque si bien, como acabamos de decir, durante los reinados de los cuatro últimos Felipes, y sobre todo en el glorioso de Carlos III, se hicieron en Madrid importantes reformas, ya abriendo calles regulares, y para aquellos tiempos magníficas, ya levantándose suntuosos edificios, ya erigiéndose hermosas estatuas y soberbios monumentos públicos, ya, en fin, construyéndose bellos jardines y mejorando la policía urbana en varios aspectos, es lo cierto que todas estas mejoras, más que a un plan *premeditado general* de obras destinado al embellecimiento de la población, eran hijas de la simple iniciativa o del capricho de sus autores, monarcas o magnates.

Casa de Borbón

Mas esto aparte, y volviendo al examen que de la legislación española sobre el ornato de las vías públicas de las ciudades es nuestro propósito hacer, aunque a grandes rasgos, y pasando en su virtud por alto la Nueva Recopilación, nos detendremos, siquiera sea brevemente, en el código que, a virtud de las nuevas tendencias señaladas respecto de los estudios jurídicos desde el reinado de Felipe V, por los esfuerzos de algunos jurisconsultos ilustres y del acuerdo del Consejo Real aceptando el plan propuesto por D. Juan de la Reguera Valdelo-

(1) Por pragmática de los Reyes Católicos, fechada en Sevilla a 9 de junio de 1500, se imponía a los corregidores la obligación de hacer guardar las Ordenanzas de los pueblos, y, en su caso, revisarlas y enmendarlas, leyéndose en ellas, entre otras disposiciones que no hacen al caso, las palabras siguientes: «... mirando mucho..., en las que conciernen al bien común..., que las *calles* y *carreras*... estén limpias» (ley XIV, título VI, libro III, R).

(2) Quizá pudiera parecer extraño que nada digamos de los *Fueros municipales*; pero el crecido número de éstos y la variedad de sus disposiciones nos han decidido a prescindir de ellos ante el temor, por un lado, de incurrir en deficiencias, difíciles de evitar por las antedichas razones, y el de dar, por otro, de no hacerlo así, a estas consideraciones preliminares de nuestro trabajo una extensión incompatible con el enunciado del tema señalado para el mismo.

mar para una Novísima Recopilación, fué publicado con este título en la expresada fecha de 15 de julio de 1805 (1).

La gran laguna que a simple vista se echa de ver en nuestros códigos respecto del buen aspecto de las vías públicas de las ciudades, a contar desde la citada cédula de 1530 hasta la promulgación de la Novísima Recopilación en 15 de julio de 1805, tiene, sin embargo, a nuestro juicio, aunque dolorosa, fácil y llana explicación. Las varias y grandes guerras sostenidas por España durante los reinados de los dos primeros Austrias; la debilidad de Felipe III para sostener sobre sus hombros el peso enorme de la poderosa monarquía que heredara de aquéllos y la incapacidad de sus ministros el duque de Lerma y el marqués de Siete Iglesias; la indolencia y falta de apego a los negocios de Estado de Felipe IV y la funesta privanza del fatuo conde-duque de Olivares; el miserable estado a que desgraciadamente llegó la nación en el infausto reinado del hipocondríaco y desventurado Carlos II; las largas y sangrientas guerras que subsiguieron a la muerte del último soberano de la casa de Austria..., motivos eran cada uno de ellos que por fuerza habían de impedir a los gobernantes de la nación en aquellos tristes días de nuestra historia, y más dada su falta de dotes de gobierno, que dedicaran su atención con el detenimiento que materia tan interesante requería, y esto aun cuando, por otra parte, durante aquellos reinados se realizaron, según dejamos dicho, ciertas y determinadas mejoras en esta villa como corte ya de la monarquía desde el reinado de Felipe II. Ciertamente que en el próspero reinado de Fernando VI no se hizo en el ramo de la administración que nos ocupa todo lo que era de esperar de la tranquilidad de que gozó España en aquellos felices días y de las altas prendas que adornaban a aquel soberano, así como a sus ministros Carvajal, La Cuadra, Somodevilla y Campillo; pero cúlpese de ello al atraso que en general había a la sazón respecto de la policía urbana, y que en España era más difícil de remediar por el estado de postración y abatimiento en que la habían sumido, en todos los órdenes y por unas u otras causas, los reinados anteriores. En cambio, y como en tantos otros conceptos, agrada también, en este del mejoramiento de las ciudades y celo por el buen aspecto de las mismas, recordar las acertadas disposiciones dictadas por Carlos III para el adecen-

(1) Aunque dictadas con miras a la higiene de las calles más que a la belleza de las mismas, no creemos sea enteramente inoportuno citar aquí la Real orden de 16 de abril de 1805, por la cual mandó S. M. al Consejo previniese a todas las justicias, con los más estrechos encargos, la buena policía de los pueblos en el aseo y limpieza, y la circular de 29 de mayo siguiente ordenando a dichas autoridades promoviesen este punto de policía, tomando las providencias más activas, según las circunstancias de los pueblos, y dando cuenta al Consejo en los casos en que lo considerasen necesario o conducente para remover de un modo más expedito los obstáculos que se encontraren.

tamiento de las abandonadas calles de la villa y corte con el precioso concurso del célebre siciliano Francisco Sabattini. Verdad es también que no podía esperarse otra cosa del egregio monarca que durante su estancia en Nápoles había hecho de esta ciudad una de las más bellas y magníficas de su tiempo. Claro que miradas aquellas disposiciones a la luz brillante, esplendorosa, de los adelantos modernos, y desde el punto de vista de las exigencias de la sociedad actual, quizá pudieran parecer modestísimas, diminutas, insignificantes; pero fijando los ojos, como hay que fijarlos para juzgar las obras de los días *que fueron* en los que éstas se realizan, seguramente que no ha de haber nadie que les niegue, ni siquiera les regatee, los aplausos que merecen.

El accidentado y, por más de un concepto, bochornoso reinado del hijo y sucesor en el trono de España de Carlos III, ofrécese a nuestra vista como un cielo nebuloso a través de cuyos densos nubarrones penetra de vez en cuando un rayo de sol que ilumine por más o menos tiempo el espacio con luz más o menos clara e intensa. Y uno de esos rayos de luz que alumbraba las oscuridades de aquel mísero reinado fué en este caso la publicación de la Novísima Recopilación, no ciertamente por los méritos de la obra, por desgracia tan llena de errores como la que vino a sustituir, y en la que, también como en ésta, se dió cabida, sin orden ni concierto a veces, a toda clase de disposiciones, sino por el buen deseo que animó a los consejeros de Carlos IV a acometer una empresa cuya realización hacía años venía reclamando la nación. Enteramente al margen de este trabajo el examen de dicho código — mejor diríamos compilación de leyes y disposiciones —, nos concretaremos a citar dos de sus leyes en demostración, al par que de la mezcolanza de las disposiciones que lo integran, y que en ocasiones llegan hasta incluirse en él cual si fueran leyes disposiciones que, como decía su más ilustre comentador el insigne escritor Martínez Marina, no merecen aquel nombre, no pasando de meros decretos o simples disposiciones de policía urbana (1), al par, decimos, que esa censura-

(1) Sin que por ello se entienda que sea nuestro ánimo salir a la defensa del ilustre autor de la Novísima Recopilación, ni menos, si menos cabe, hacer un cargo a los *cargos* hechos a dicha obra por el eminente autor del *Juicio crítico de la Novísima Recopilación*, creemos no sea inoportuno decir que el defecto señalado por este último a aquella compilación de las leyes de España de haberse incluido en ella disposiciones que por su naturaleza debieron haberse excluído de la misma, es defecto de que en general adolecen también todos los códigos anteriores al citado de la Novísima Recopilación. Y se comprende fácilmente que así fuera, puesto que en estado embrionario aún las diversas ramas que forman el frondoso árbol del Derecho civil, y que sólo al andar de los tiempos y a su incesante progresar era dable ir determinando y precisando, mal podían los autores de los indicados códigos, no obstante todos sus deseos de acierto y también toda su ciencia, de que especialmente en algunos de dichos cuerpos legales, nos dejaron acabadas e inequívocas pruebas, mal podían, repetimos, hacer un trabajo

ble mezcolanza, el creciente interés con que iba mirándose ya por nuestros gobernantes el buen aspecto de las vías públicas de las ciudades.

Decía la primera de las indicadas leyes (1): «Mandamos que agora ni de aquí adelante ninguna ni alguna personas, de cualquier estado o condición, preeminencia o dignidad que sean, no hagan ni labren ni edifiquen en las calles públicas de las ciudades, villas, ni en alguna de ellas, pasadizos ni saledizos, corredores ni balcones, ni otros edificios algunos que salgan a la calle fuera de la pared en que se hiciese el tal edificio; y de aquí adelante si alguno o algunos de los pasadizos y balcones y saledizos y corredores y otros edificios de los susodichos, que en las calles desas dichas villas y ciudades están hechos y edificadas, se cayeren o derribaren o desbarataren por cualquier manera, mandamos: que los dueños de las casas donde estuvieren hechos, ni los que en ellas moraren, ni otras personas algunas los non puedan tornar a hacer ni reedificar ni reparar cosa alguna ni parte dellos, salvo que quede raso e igual con las dichas paredes, que salen a las dichas calles donde estuvieren los tales edificios; por manera que las dichas calles públicas queden exentas sin embargo de ningún pasadizo ni saledizo, ni otro edificio alguno de los sobredichos, y estén alegres y limpias y claras, y puedan entrar y entren por ellas sol y claridad, y no cesen los dichos provechos; so pena que los que hicieren los sobredichos edificios, y los reedificaren y adobaren, que luego les sean derribados, y por el mismo no los puedan tener ni hacer más; y demás allenden incurran y cayan en pena de diez mil maravedís, la mitad para la nuestra Cámara y la otra mitad para el acusador.»

Por la otra (2) se prevenía a los corregidores cuidasen de que las justicias de las ciudades, villas y lugares «se esmerasen en su limpieza, ornato, igualdad y empedrados de las calles, y que no permitiesen desproporción ni desigualdad en las fábricas que se hicieren de nuevo, y que muy particularmente atendieran a que no se deformare el aspecto público, con especialidad en las unidades y villas populosas, y que por lo mismo, si algún edificio o casa amenazare ruina, se obligare a sus

más perfecto concretando su obra a los preceptos puramente correspondientes al Derecho civil y excluyendo de ella los pertenecientes a las otras ramas del expresado Derecho, tal y como hoy no sólo permiten hacerlo los adelantos realizados en cada una de esas ramas del Derecho civil, sino que lo imponen además esos mismos adelantos y la variedad y multiplicidad de las relaciones jurídicas de la vida moderna.

(1) Ley I, título XXXII, libro VII.

(2) Ley II, título y libro antes citados. Como precedente, al parecer, de esta ley citanse en el encabezamiento de la misma la Real Ordenanza de intendentes corregidores dada por Fernando VI a 13 de octubre de 1749, y la Instrucción de corregidores y alcaldes mayores, de Carlos III, inserta en cédula del Consejo de 5 (?) de mayo de 1788; pero hemos leído dichas disposiciones y nada hemos encontrado en ellas que se refiera a la materia que nos ocupa.

dueños a que la reparasen dentro del término que les señalaren, y no lo haciendo, lo mandasen executar a su coste; procurando también que en ocasión de obras y casas nuevas u derribos de las antiguas queden más anchas y derechas las calles y con la posible capacidad las plazuelas»; disponiendo igualmente que «no queriendo los dueños reedificar las arruinadas en sus solares, se les obligue a su venta o tasación para que el comprador lo execute...» Lo demás de la ley no hace al caso.

Reconocida cada día con más viveza por gobernantes y legisladores la necesidad de leyes especiales que determinaran y regularan claramente los derechos y obligaciones de nuestros Municipios, a los que, dicho sea de paso, por su larga historia, bajo uno u otro concepto, bien podría aplicárseles el adjetivo de milenarios, se dictó la ley de 3 de febrero de 1823, por cuyos artículos 1.º y 17 se encargó o, para mejor decir, se ratificó lo que ya de antiguo venía siendo atribuciones de los Municipios en cuanto a la policía urbana, y se había apuntado en el número 1.º del artículo 321 de la Constitución de 1812; esto es, el deber de cuidar en sus respectivos pueblos de la limpieza de las calles, de que estuviesen empedradas y alumbradas y de que hubiera paseos y otros sitios públicos de recreo, en cuanto lo permitieran las circunstancias de cada pueblo; precepto renovado por el artículo 48 del Real decreto de 23 de julio de 1835, y luego por el número 5.º del artículo 74 y el número 4.º del artículo 80 de la ley de 8 de enero de 1854; si bien por dichos preceptos se compartió entre los alcaldes y los Ayuntamientos lo que hasta entonces había sido sólo atribuciones de éstos, y se fijó una, por cierto, muy moderada cantidad como límite del importe de las obras o mejoras materiales que se desease ejecutar.

Más explícita la ley Municipal de 2 de octubre de 1877, y también, dicho sea de pasada, más conforme con el espíritu de libertad política que animó a nuestros antiguos Municipios, y que amortiguada por la decadencia a que vino la nación ha ido avivando después de día en día las ideas sembradas por los legisladores de Cádiz de 1812, después de establecer, en su artículo 72, que «el gobierno y dirección de los intereses peculiares de los pueblos era de la exclusiva competencia de los Ayuntamientos», paso a determinar los objetos sobre que habían de recaer *en particular* los cuidados de dichas Corporaciones, señalando entre ellos el «establecimiento y creación de servicios municipales referentes al arreglo y ornato de la vía pública... , apertura y alineación de calles y plazas... , empedrado y alumbrado de las mismas... y cuidado de la vía pública en general, y limpieza, higiene y salubridad del pueblo» (1).

(1) El temor de traspasar con exceso los límites naturales, por decirlo así, del presente trabajo, y el hecho, a mayor abundamiento, de ser esta ley la misma que la de 20 de agosto de 1870, nos han decidido a prescindir, en la ligera reseña histórica del texto, de la citada de 20 de agosto, y a detenernos sólo en la de octubre de 1877.

Y con más o menos acierto, pero animados de los mejores deseos, llegamos con esto al final del camino que nos habíamos propuesto recorrer; esto es, al vigente Estatuto Municipal, en el cual, y en sus artículos 150, número 7; 153, número 10; 180, letras *a* y *c*, número 2; 216, números 1 y 2, y 354, letras *a* y *c*, se encuentran reproducidos y con grande acierto ampliados, conforme a los actuales adelantos y, consecuentemente, a las imperiosas exigencias de la sociedad de nuestros días y los dictados de la nueva *ciencia urbanística o arte de hacer ciudades*, todos los preceptos sobre el particular de las anteriores disposiciones.

* * *

Con lo expuesto daríamos por terminada esta parte de nuestro trabajo; pero ha de permitírsenos que antes de hacerlo citemos siquiera, como merecido tributo al celo y nobles propósitos de nuestros Gobiernos, algunas de las disposiciones dictadas por éstos con relación al ornato público para evitar el mal aspecto de las poblaciones. Así, por ejemplo, la Real orden de 11 de enero de 1808 previniendo que antes de ejecutar una obra, ya fuese de arquitectura, pintura o escultura, de las que se costean de fondos municipales o provinciales en los templos, plazas o parajes públicos se obtuviese la aprobación de la Real Academia de San Fernando o de las demás de Bellas Artes del reino en sus respectivos distritos, previa la presentación de los modelos y proyectos correspondientes; la de 1 de octubre de 1850, resolviendo que no tan sólo se lleve a exacto y debido cumplimiento lo mandado en la anterior, sino que se haga extensiva a todas las obras de arte, incluso las particulares, a fin de evitar los abusos contra las reglas del buen gusto que pudieran cometerse por aquéllos en la construcción de las fachadas, capillas y demás parajes abiertos al público; la de 23 de junio de 1851, ordenando que no se pasase a ejecutar ningún edificio ni monumento público de arte, ni colocar en las fachadas de los que ya existiesen estatuas, efigies ni bajo-relieves sin someter previamente sus diseños a la Academia de Bellas Artes del distrito respectivo; la de 10 de junio de 1854, fijando la anchura de las calles y altura de las casas, y su aclaratoria de 5 de abril de 1859; la de 16 de junio, también de 1854, determinando los trámites que habían de cumplirse en los expedientes de alineación; el Real decreto de 17 de agosto de 1859, sobre organización y atribuciones de la Junta consultiva de Policía urbana; la Real orden de 19 de diciembre de 1859, dando instrucciones para las alineaciones de las calles; la de 6 de abril de 1864, fijando reglas para la edificación dentro de la zona del Ensanche de Madrid; la de 12 de marzo

de 1878, ampliando la de 9 de febrero de 1863, sobre obras nuevas y de reparación y consolidación de casas y de mejoras de aspecto, y así otras que no citamos en obsequio a la brevedad y ser bastantes las indicadas para demostrar el interés y celo con que, según dijimos al principio de este apartado, cuidaron de antiguo nuestros gobernantes del ornato y buen aspecto de las vías públicas de las ciudades.

LOS MUNICIPIOS ESPAÑOLES Y LAS ORDENANZAS MUNICIPALES

«Los caracteres específicos del Municipio—ha dicho un competente tratadista (1)—eran, en tiempos de los romanos, un *territorium* determinado, propio; un pueblo que se manifestaba o se resumía en su asamblea general, afirmándose como tal pueblo de la comunidad municipal; una organización especializada en un cuerpo deliberante, *curia*, con sus magistraturas, y, por último, el culto de sus dioses.»

De estos caracteres, aunque todos igualmente importantes como elementos esenciales de la agrupación social, política y económico-administrativa que constituyen los Municipios, sólo nos toca subrayar, como suele decirse, los expresados en segundo y tercer lugar, por haber sido siempre, con más o menos amplias facultades, y con unos u otros nombres (2), atribución peculiar de dichas agrupaciones cuidar de los intereses locales, para lo que, y como secuela de aquella atribución o prerrogativa, disfrutaron siempre nuestros pueblos, desde los ya remotos tiempos de la dominación romana, de mayor o menor autonomía; autonomía que, según un ilustre escritor (3), conservaron entre los visigodos; que por unas u otras causas adquirió un alto grado de florecimiento en los *Concejos* de la Edad Media, y que su notable decadencia, especialmente desde el punto de vista político, a contar de principios del siglo XIV, renace luego al calor de las nuevas ideas de fines del siglo XVII, para ofrecérsenos ya, en la próxima pasada centuria, como una exigencia imperiosa e ineludible de los tiempos modernos, así en su aspecto político como en el civil y local. Y de ahí, el origen, la razón de ser y la justificación de las leyes orgánicas de los Ayuntamientos, y también consecuentemente que en todas ellas, como en otras leyes y disposiciones anteriores con esta materia relacionadas, se haya considerado siempre como derecho, al par que como obliga-

(1) D. Adolfo Posada.

(2) *Curias, senatus, conventus, concilium*, consistorio, cabildo, regimiento, etc.

(3) El Sr. Hinojosa.

ción de los Municipios, la formación de ordenanzas para el gobierno y administración de los respectivos pueblos.

«Mandamos—decía la ley I, título V, libro II del Fuero Real—que ningun home no sea llamado en juicio en día de domingo... ni en los días de mercado general, o por feria... e si ficiese fuerza, porque las uvas no maduran tan aina, los *alcaldes muden estas ferias adelante como tuvieren por bien.*» Mas prescindiendo de esto, como también de alguna que otra disposición que pudiera encontrarse en nuestros antiguos códigos tocante al particular (1), por si a ello se opusiera el distinto carácter de los alcaldes, según que fueran nombrados por los mismos Ayuntamientos o por el Poder real (2), que ya en las primeras décadas del siglo xv ocupaba este asunto la atención de la realeza, lo da a entender claramente lo acordado por Don Juan II en las cortes de Ocaña, y ratificado por Don Carlos I y Doña Juana en 1539, según resulta de las citas que van por cabeza de las leyes I y II, título III, libro VII de la Nov. Recop. «Ordenamos y mandamos—decía la primera de dichas leyes—que todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros reynos sean gobernados segun las Ordenanzas y costumbres que tienen de los alcaldes y regidores y oficiales de los tales Concejos...»

Y los mismos reyes Don Carlos y Doña Juana, contestando a petición que se les hiciera en 1539, decían en la otra: «Mandamos que cada y quando que a las justicias de las ciudades y villas pareciese que conviene facer algunas ordenanzas para la buena gobernacion, antes y primero reciban informacion...»

Y que de esa prerrogativa venían disfrutando los pueblos no deja lugar a declararlo, si es que otros motivos no hubiere, lo ordenado por los Reyes Católicos en pragmática e instrucción dada en Sevilla a 9 de junio de 1500: «Los corregidores—decían—vean las ordenanzas de la ciudad o villa o partido que fuere a su cargo, y las que fueren buenas las guardaran y haran guardar; y si vieren que alguna ordenanza se deben deshacer o enmendar, las haran de nuevo con acuerdo del regimiento, mirando mucho en las que tocaren a la eleccion de los oficios,

(1) Así, por ejemplo, la ley CXX de las leyes del Estilo, en la cual, refiriéndose al alguacil, a quien pertenece prender a los *malfechores*, se dice: «... Si alguno desa villa fizo algun tuerto, o firió a alguno de los del rastro del rey, porque debe ser preso, el alguacil del rey lo debe tener preso y *non el de la villa.*» Lo cual demuestra la existencia de estos oficios como dependientes de los Municipios e independientes de los del rey.

(2) A cuento del origen de algunos Municipios de la Edad Media, dice un escritor anónimo de nuestros días: «... Si bien se observan entre ellos grandes diferencias, pues mientras en unos tienen carácter democrático, siendo electivos todos los funcionarios que figuran en las Juntas o Ayuntamientos que dirigen los Municipios, hallándose los cargos distribuidos por igual entre la nobleza y las clases populares, en otros estaba prohibido a los nobles desempeñarlos, y en otros se nombraban dos o más alcaldes, reservándose el Poder real el nombramiento de todos ellos, o de uno por lo menos».

para que se elijan justamente y sin parcialidad (1); y asimismo las que conciernen al bien comun, así en que los menestrales y otros oficiales usen de sus oficios bien y fielmente sin fraude alguno, como en que la tierra sea bien abastecida de carnes y pescados y otros mantenimientos a razonables precios; y que las calles y carreras y carnicerías estén limpias, y las salidas del lugar estén asimismo limpias y desocupadas...» (2).

Que aun en aquellos días en que los antiguos Concejos habían dejado de ser centros de preciadas libertades políticas, apagándose por el poder absorbente de los monarcas absolutos, consideraban éstos como de la competencia exclusiva de los Ayuntamientos la formación de sus ordenanzas, reconociendo el derecho de los mismos a regirse por ellas en todo lo tocante al gobierno y administración de los intereses pecuniarios de sus pueblos, y que estimaban el asunto digno de su atención lo prueba lo prevenido en la famosa Instrucción de corregidores inserta en cédula de 15 de mayo de 1788: «Cuidaran—decía—de la puntual observancia de las ordenanzas respectivas de las ciudades y Ayuntamientos. Si contemplaren conveniente o necesario al bien comun hacer algunas nuevas, o enmendar las antiguas, lo trataran con el Ayuntamiento, diputados y personeros del comun y daran cuenta, etc. etc.»

De no menos interés que las anteriores disposiciones, por lo que respecta a la consideración que merecían las ordenanzas municipales a la autoridad real, y esto aun tratándose de monarcas tan celosos de los derechos de la corona como los egregios Reyes Católicos, son las dictadas por éstos en 28 de mayo de 1488 y 26 de julio de 1502, y la providencia del Consejo de 22 de octubre de dicho último año dictada a virtud de la expresada pragmática, mandando por la primera que en estas cosas—«ordenanzas así para sus fieles y oficiales y guardas de los terminos y exidos, y de los pesos y medidas y otras cosas semejantes *que son de ordenar a la justicia y regidores*—no se entremetan los oidores ni alcaldes (3), salvo por vía de apelacion y agravio; y en tal

(1) Si en su acendrado amor a la justicia y su interés por el buen gobierno de los pueblos así se expresaban aquellos gloriosos reyes, ¡qué hubieran dicho—y quizá hecho—ante los chanchullos, compadrazgos y martingalas de los mangoneadores, muñidores, fantoches y toda esa taifa de caciques, caciquillos y electoreros de los tiempos modernos para la elección de concejales y alcaldes!

(2) De estas palabras se infiere que eso de que cada cual use de su oficio «sin fraude alguno», y que la tierra «sea bien abastecida de carnes y pescados y otros mantenimientos a *razonables precios*», eran ya mañas conocidas de los mercaderes, y quizá también de intermediarios y acaparadores de aquellos tiempos.

(3) Leyes IV y V, título IV, libro VII de la Nov. Recop.

Los funcionarios, y aun oficios conocidos con el nombre de alcaldes, han sido numerosísimos, así como también diferentes las atribuciones de cada uno de dichos funcionarios.

caso sea llamado el juez que hubiere juzgado en ello para que de razón, y brevemente se determinare sin dilacion de pleytos...»; y por las otras, que «quando semejantes causas—las apelaciones sobre exención de las cosas que se mandan en las ciudades, villas y lugares cerca de la gobernacion dellas, tasas de los mantenimientos, guarda de las ordenanzas y de las cosas concernientes al buen regimiento del pueblo y de las labores y limpieza de las calles—vinieren a la nuestra Audiencia en grado de apelacion o nulidad, o por simple querella o en otra cualquier manera, que antes que los nuestros presidentes y oidores sobre ello provean, lo miren mucho; y que antes de inhibir o mandar sobreseer, mandese a los dichos nuestros corregidores y otros oficiales de las tales ciudades, villas y lugares, que envíen la razón dello ante ellos y la causa que a hacer lo que hicieron y mandaron; y despues de ser informados dellos y oidas las partes provean lo que les pareciese justo, habiendo consideracion al bien publico..., porque por esto—dice la misma ley citada, dando la razón de su precepto—se impide mucho la buena gobernacion de las dichas ciudades, villas y lugares, y es mucho perjuicio para las comunidades...»

Como se ve, la prerrogativa de los Ayuntamientos para la formación de sus ordenanzas y la consideración que éstas han merecido siempre a la autoridad real—si bien, como era natural, a condición de ser aprobadas por dicha autoridad o, en su representación, por los correspondientes organismos jerárquicos—tiene hondas raíces en la antigua legislación española.

Pero si el principio de la autonomía municipal no es fruto de la edad contemporánea, no hay duda que a las ideas que a ella aportaron los pensadores de los últimos años de la edad anterior se debe el resurgimiento de nuestros antiguos Municipios, especialmente desde el punto de vista del carácter político de los mismos. En efecto: el inicuo atentado contra la independencia del solar español que, pisoteando descaradamente toda clase de respetos y aprovechándose de la decadencia a que, por causas que no son de este lugar, había venido la gran nación española, se cometió por el hasta entonces invicto general francés, encendiendo en santa ira el pecho nobilísimo de los bravos españoles, hizo nacer las Juntas de defensa y las famosas Cortes de Cádiz, dando origen aquéllas a los Ayuntamientos de la nueva era y las otras a que cristalizaran en los preceptos de la Constitución de 1812 las ideas que venían arraigando en el cerebro de muchos ilustres españoles y que éstos habían aprendido de aquellos pensadores.

Largas y cruentas luchas civiles costó a España—y permítasenos esta digresión—el restablecimiento y consolidación de aquel principio en nuestras leyes constitucionales y las orgánicas de nuestros actuales Ayuntamientos; que así como no es tarea fácil y llana arrancar del suelo en que hunden sus raíces los vegetales de larga vida, tampoco lo

es hacer a los pueblos que cambien en un día, por otras diametralmente opuestas, las ideas, costumbres y creencias a cuya sombra vivieron por espacio de gran número de años.

Pero si esto es cierto, también lo es que cuando las nuevas ideas no son utopías de cerebros más o menos desequilibrados, o hijas de imaginaciones calenturientas o del desbordamiento de las pasiones, sino que se hallan basadas en sanos y sólidos principios del orden a que pertenecieren o en progresos y adelantos de la verdadera ciencia, podrá suceder, y así en efecto sucede, que tengan que luchar en su implantación con múltiples dificultades y más o menos grandes obstáculos, ya inherentes a su misma novedad, ya nacidos de las causas antes expuestas; pero no es desdoro que siempre y cuando reúnan las condiciones últimamente dichas, y limpias ya por su frotamiento, digámoslo así, con la piedra de toque de la práctica de las principales imperfecciones de que adolecieren, llega un día en que imponiéndose con fuerza verdaderamente arrolladora a inconsistentes dificultades e infundados prejuicios, llega un día, decimos, en que son generalmente aceptadas. Y así sucedió con las de referencia.

De conformidad, pues, con lo expuesto, también tuvo que luchar la autonomía de nuestros Municipios, en su renacimiento y afirmación definitiva de nuestro Derecho, con grandes dificultades, que el pasar incesante de los días, y el lento, pero también incesante, cambio de ideas y costumbres a aquel pasar consiguiente han ido venciendo, con lentitud al principio y rápidamente después.

Y fué en la Constitución de 1812, nuestro primer código político, donde por primera vez se establecieron los actuales Ayuntamientos, ratificándose una vez más, en su artículo 321, número 8.º, la prerrogativa de éstos, en virtud de su autonomía, de formar sus ordenanzas.

Poco, muy poco más de dos años pudo resistir el flamante código la fuerte oposición que a la novedad de sus preceptos, a las audacias, ¿por qué no decirlo?, de alguno de ellos y a las intemperancias de sus autores y partidarios, hubo de hacer la sociedad, cuyas ideas y cuyos sentimientos e intereses venían a echar por tierra, siendo en su consecuencia anulado en mayo de 1814.

Pasaron los años; las nuevas ideas fueron poco a poco ganando partidarios, y éstos lograron al fin levantar otra vez el edificio constitucional; pero bastante vigorosos aún los adeptos al antiguo régimen para manejar la piqueta demoledora, no contaba todavía cuatro años de existencia el nuevo edificio cuando vino por segunda vez a tierra al violento y tenaz empuje de sus acérrimos enemigos.

Desde entonces—1 de octubre de 1823—, y pasando por alto los azarosos años transcurridos hasta la publicación del actual código constitucional, han sido varias las Constituciones promulgadas, habiéndose reconocido en todas ellas explícita o tácitamente la facultad de los

Ayuntamientos de formar sus Ordenanzas municipales, así como también, entre otras, en las leyes de 23 de febrero de 1823, 8 de enero de 1845, 20 de agosto de 1870, 2 de octubre de 1877 y Real decreto de 15 de diciembre de 1909.

Y no hay por qué decir que igual declaración se hace en el vigente Estatuto Municipal, inspirado, como es sabido, en el loable deseo de «oxigenar la vida municipal...», «mirando de consuno el rastro indeleble de la tradición y el caudal inmenso de ensayos y horizontes que ofrece la ciencia municipalista contemporánea», a fin de «restaurar el sentido nacional de autonomía, que ha prendido, en sus albores y en su opulencia, en la evolución de la vida municipal española».

* * *

Tal vez hayamos ido con las precedentes manifestaciones más allá de lo que debiéramos; pero si así fuere, sírvanos de disculpa el deseo de hacer resaltar el hecho rigurosamente histórico de haber sido siempre atribución de los Municipios, en virtud de su autonomía (1), la de formar sus Ordenanzas, con razón llamadas por un notable escritor el *Corpus juris* de los Ayuntamientos.

La policía urbana ha sido considerada siempre como uno de los principales ramos de la administración de los pueblos, en el que éstos deben fijar su atención, y por cuyo fomento se hallan más obligados a velar de día en día, no sólo ya en beneficio de sus intereses materiales (2), sino en lo que sin disputa vale más, mucho más que éstos: en honor del buen nombre de los respectivos pueblos y honra de la nación de que forman parte (3).

(1) Claro que más o menos amplias o restringidas, según el régimen político imperante, especialmente, ni que decir tiene, en lo concerniente al aspecto político de los Ayuntamientos.

(2) Nos referimos a los beneficios que pueden obtener los pueblos por el incremento, cada día mayor, del turismo.

(3) Todo el título XIX, libro III de la Nov. Recop. está dedicado a la policía municipal de Madrid, siendo dignas de los mayores elogios las treinta y una leyes que constituyen dicho libro, tanto por su previsión cuanto por su acierto; cualidades éstas que hacen de las indicadas leyes honrosísimos precedentes de casi todas las disposiciones tocantes a las distintas materias de que en las referidas leyes se trata dictadas con posterioridad; y por lo cual con el mayor gusto las transcribiríamos aquí, si a ello no se opusieran, de una parte, la extraordinaria extensión que esto nos obligaría a dar a esta parte de nuestro trabajo, y de otra, y principalmente, el hallarse todas ellas al margen de lo que en el tema se dice.

BASES Y ORGANISMO

para ejercer una acción encaminada a evitar la desarmonía en las nuevas edificaciones de las vías públicas y de cuanto afecte al gusto artístico de las mismas

Terminados con lo expuesto los que pudiéramos llamar prolegómenos, tócanos ya que procedamos a exponer las bases y organismo a nuestro juicio convenientes para la consecución de los fines expuestos en el tema que va por cabeza de estas líneas.

Mas antes ha de permitírsenos que como resumen de todo lo dicho en las páginas que preceden, y puente a la vez entre lo que en ellas dejamos expuesto con relación a los días que *fueron* y lo que es nuestro propósito decir ahora con referencia a los que *han de venir*, séanos permitido, decimos, manifestar:

1.º Que como acertadamente ha dicho el muy ilustre arquitecto D. M. Alberto de Palacio en el hermoso prólogo a la notable Memoria del eminente ingeniero de Vías públicas de Madrid, Sr. Núñez Granés, anteriormente citada, una de las tres leyes que rigen la estructura de las ciudades modernas es la *ley estética*, «en cuanto satisface la noble pasión del hombre por lograr y saciar su afán de belleza».

2.º Que cualquiera que haya sido el concepto que a la larga de los siglos se haya tenido de los Municipios—*creación legal o natural*—, y cualesquiera que hayan sido también sus facultades en el orden político, siempre fué atribución suya principalísima, exclusiva, la de formar sus ordenanzas.

3.º Que si bien hasta estos últimos tiempos han figurado en algunos cuerpos legales, que constituyen el secular y grandioso monumento de la legislación patria, preceptos propios de ellos por tener su único lugar adecuado en dichas ordenanzas, esto se explica y se justifica perfectamente por la falta de precisión hasta entonces existente en los límites de las distintas ramas que constituyen el Derecho civil de cada pueblo y dentro de cada una de esas ramas. La falta también de precisión, por causas que sería prolijo enumerar aquí, de los genuinos límites de los diversos ramos en que aquéllas por lo común se subdividen; y

4.º Que según se desprende de las conclusiones adoptadas en el

concurso de ideas sociales que llevó a efecto la Sociedad El renacimiento de las ciudades y en los temas tratados en la Conferencia interaliada de la urbanización, verificada en París en 1919, a los Ayuntamientos corresponde entender en todo lo concerniente a la estética urbana y legislar, si se nos permite la palabra, en sus ordenanzas sobre dichos ramos de la administración municipal, considerado hoy como uno de los principios primordiales de las modernas leyes sobre construcción de ciudades.

Con lo cual damos por terminadas las precedentes conclusiones, y pasamos a exponer primero las *Bases* y luego el *Organismo* que a nuestro juicio importa estatuir, como arriba dijimos, para la realización de los patrióticos fines a que se hace referencia en el tema tantas veces citado.

B A S E S

PRIMERA

Tomando por base que «una ciudad debe ser un centro típico y exclusivo de cultura y de belleza, reflejo fidelísimo del estado social de sus moradores», y los dictados legítimos, que en tal caso podríamos llamar imperativos, de la moderna *ciencia urbanística o arte de hacer ciudades*, procede la revisión de las actuales ordenanzas de la villa en cuanto afecten a la debida armonía de las nuevas edificaciones en las vías públicas, acomodando los preceptos de aquéllas sobre el indicado particular a las exigencias de la sociedad de nuestros días, a las enseñanzas de la expresada ciencia que merezcan ser atendidas, a juicio de autorizados técnicos, y a los precedentes que hubiese en extrañas legislaciones y que sean dignos de que se les tenga en cuenta.

SEGUNDA

Se prohibirá la construcción de los edificios llamados comúnmente *rascacielos*, que especialmente, por su extraordinaria altura, rompen la armonía que debe haber entre los edificios de una misma calle y se oponen abiertamente a los preceptos de la estética (1).

(1) Emborronando estábamos estas cuartillas cuando leemos el número extraordinario del acreditado periódico de esta corte *A B C*, correspondiente al día 14 de marzo de 1926, en el cual número vió la luz un precioso artículo de un inspirado poeta e ilustre escritor haciendo brillante apología de estos edificios; y aunque a la verdad, nos duele

TERCERA

Se procurará que los edificios de cada calle guarden entre sí, en cuanto a su altura—según el orden a que la calle perteneciese—, la debida proporción, a fin de evitar el desagradable contraste que resulta de las grandes diferencias de altura entre los edificios de una misma calle, y mayormente si éstos se hallan contiguos o al lado unos de otros.

CUARTA

Se prohibirá que junto a los edificios de indisputable valor arquitectónico, artístico, histórico o típico se levanten otros que impidan su visualidad, o que por su insignificancia, su mal gusto o cualesquiera otras circunstancias desdigan de aquéllos.

QUINTA

Se establecerá que, sin perjuicio de la libertad de que deben gozar los propietarios de adoptar para la fachada o fachadas de sus edificios el orden o estilo arquitectónico que más les plazca y el decorado de las mismas que tengan por conveniente, a toda concesión de licencia para la ejecución de obras de nueva planta habrá de preceder el informe favorable de la Junta consultiva de Urbanización y arte público, además de los requisitos prevenidos en los números 2.º y 7.º, capítulo V, título VI de las Ordenanzas municipales.

decirlo, disintimos de la opinión, para nosotros muy respetable, del aludido escritor, cuya exuberante fantasía le ha llevado, a nuestro parecer, en esta ocasión a ver en esos edificios unas aspiraciones y, por decirlo así, una transcendencia espiritual, a nuestro juicio, en abierta oposición con los propósitos *puramente económicos*—tan reñidos con aquellas aspiraciones—de los constructores de *rascacielos*. No negaremos que esas construcciones puedan ser todo lo prácticas que se quiera y muy del gusto y del *sentir* de los *yanquis*, y aun si se quiere del espíritu materialista del siglo xx; pero perdónenos el indicado escritor que, en justificación de lo que en esta base decimos, manifestemos que «esos telones acribillados de ventanitas», esos *rascacielos* macizos, adustos—aun concediendo, que no es poco conceder, que de por sí puedan acomodarse más o menos a las leyes de la estética y del buen gusto—, nunca se conformarán con la pureza de los nobles sentimientos idealistas y, por lo que hace a la cuestión de que aquí se trata, con la armonía de las demás edificaciones de nuestras calles, en las cuales habían siempre de constituir una rara excepción. Esto sin contar con otras razones que si en Nueva York y otros Estados de América pueden justificar esa clase de edificios, no existen o no tienen la importancia que allí en pro de esas construcciones en nuestras calles.

SEXTA

Será obligatorio para todo propietario construir las fachadas de sus edificios con sujeción estricta al modelo oficial que rigiere para determinadas calles, plazas o manzanas.

SÉPTIMA

Se dispondrá que los edificios que hubieren de levantarse en solares que hagan esquina den a las de sus respectivos edificios la forma de chafán o redondeada.

OCTAVA

Se procurará que los edificios públicos o de general utilidad, así como también los de carácter monumental que hubieren de levantarse de nueva planta, se construyan, a ser posible, de forma que constituyan una sola manzana especialmente, y que las calles a que dieran sus fachadas, o por lo menos la principal o principales de ellas, tengan la anchura bastante para la cómoda y buena visualidad de los indicados edificios. Estos edificios no estarán sujetos a otras dimensiones que las que sus necesidades y el arte aconsejen, pudiendo los Ayuntamientos, con conocimiento de causa y previo informe de la citada Junta de Urbanización y arte público, aplicar lo anteriormente dicho a aquellos otros edificios que sin ser públicos se destinen a usos corporativos o hayan de tener carácter artístico.

NOVENA

Se fijará como altura máxima de los edificios de las calles de primer orden (1)—con la excepción a que se refiere la base anterior y la que después se dirá—la de 20 metros; pues si bien los grandes adelantos realizados por las ciencias de la ingeniería y de la arquitectura pueden justificar, además de otras razones, una mayor altura, por lo menos en determinadas circunstancias—el elevado precio de los solares, la falta de viviendas, etc.—, es, sin embargo, de temer, a nuestro juicio, que dicha concesión llevara como consecuencia la de que al lado de esos edificios, o junto a los mismos, se construyeran otros que, reuniendo todas las condiciones exigidas por las Ordenanzas municipales,

(1) Suponiéndolas una anchura de 100 metros o más.

y no pudiendo, por tanto, denegar su construcción, no guardaran armonía en cuanto a ese punto con aquellos otros. En las calles de segundo orden (1) la altura máxima podrá ser de 18 metros, de 15 en las de tercero (2) y de 12 en las de cuarto (3). Esto no obstante, cuando circunstancias especiales lo aconsejaren, y previo siempre el informe favorable de la mencionada Junta, podrá concederse que la altura del edificio que se tratare de construir llegue hasta 25 metros en las calles de primer orden, 20 en las de segundo, 16 en las de tercero y 14 en las de cuarto (4), siempre que la anchura de éstas fuera superior a 20 metros.

DÉCIMA

Se prevendrá que los propietarios que desearan retirar las fachadas de sus casas al interior de las manzanas habrán de limitarlas por una cerca o verja convenientemente decorada y sujeta a las alineaciones oficiales, sin que les sea permitido hacerlo de otro modo ni traspasarlas hacia la vía pública con cuerpo alguno avanzado de construcción, debiéndose obtener previamente el dictamen favorable de la referida Junta consultiva.

UNDÉCIMA

Se ordenará que en todos los casos a que se refieren los artículos de las Ordenanzas municipales sobre altura de los edificios y salientes y vuelos en las construcciones que afecten o puedan afectar a la debida armonía de las nuevas edificaciones o al gusto artístico de las mismas será indispensable para la construcción de éstas previamente el informe favorable de la precitada Junta.

DUODÉCIMA

Habida consideración a la importancia indiscutible que, tanto desde el punto de vista de la higiene como en el de la estética, tienen los *espacios libres* (5), se procurará estimular el interés de los particulares

(1) Suponiéndolas un ancho de 50 metros.

(2) Con un ancho de 30 a 40 metros.

(3) De 25 a 30 metros de anchura.

(4) Una de esas circunstancias a que aludimos en el texto podría ser la orientación de las calles.

(5) Aun cuando literalmente entendido el enunciado del tema podríamos dejar de incluir en estas bases los llamados *espacios libres*, no creemos, sin embargo, que, por las razones manifestadas en el texto, huelgue por completo comprenderlos en esta base.

que traten de levantar nuevos edificios para que, en cuanto sea posible, destinen algún trozo de terreno a jardín o parque, bien frente a la fachada de aquéllos, bien al costado o a los costados de los mismos (1).

DÉCIMATERCERA

Se mantendrán las disposiciones de los artículos 650 y siguientes de las Ordenanzas municipales, con las modificaciones que, según lo consignado en la base primera, pudieran y debieran hacerse en ellos en pro de la armonía de las nuevas edificaciones y el buen gusto que debe imperar en las vías públicas. (Véase apéndice.)

DÉCIMACUARTA

De conformidad con lo expuesto en la base quinta, y como ampliación a la misma, se adoptarán las disposiciones oportunas para evitar que, al amparo de la libertad de que deben gozar los propietarios para el empleo de los elementos decorativos que tengan por conveniente elegir para el decorado de las fachadas de sus edificios, se cometan abusos que redunden en daño del buen aspecto de las vías públicas por la falta de armonía entre los edificios de una misma calle y la infracción de los dictados del buen gusto.

DÉCIMAQUINTA

Se procurará que, en cuanto sea posible, los edificios que hubiesen de levantarse de nuevo en terrenos quebrados u ondulados, y, por consecuencia, que para darles acceso haya que construir rampas delante de ellos, se adornen éstas con trazados artísticos (2), y a la vez que, sin perjuicio de la libertad de los propietarios para disponer de sus casas (3), y dentro de la variedad que deben tener las edificaciones

(1) Nos referimos, como se comprenderá, a las edificaciones que hubieran de hacerse en las zonas del Ensanche y del Extrarradio; pues claro es que en las del interior de Madrid no hay que pensar que puedan dejarse esos espacios. Sólo cuando aquellas edificaciones se hicieren por el Ayuntamiento, por la Diputación, por el Gobierno o alguna otra entidad de gran importancia, o cuando los desniveles del terreno lo impusieran, se podría esperar que se dejaran los referidos espacios.

(2) Véase la Memoria del Sr. Núñez Granés tantas veces citada.

(3) Siempre, por supuesto, que el derecho de propiedad, en goce y disposición, no se halle limitado, como dice un insigne comentarista de nuestro Código civil, entre otras, por razones generales de ornato en virtud de disposiciones reglamentarias de policía urbana.

de las vías públicas para que por su absoluta uniformidad no resulten de una monotonía abrumadora y antiestética por injustificados caprichos o extravagancias de las modas, se construyan edificios que descompongan la armonía general de las edificaciones de la misma calle (1).

DÉCIMASEXTA

Se fomentará el desarrollo de los parques generales y de sector, la multiplicación de las masas de arbolado y de vegetación y los jardines públicos, que sanean las poblaciones y contribuyen a su ornato. (Artículo 99 del Reglamento de obras, servicios y bienes municipales de 14 de julio de 1924.)

DÉCIMASEPTIMA

Se ejercerá una inspección constante para impedir que se establezcan en las vías y plazas, especialmente en las más frecuentadas, quioscos, puestos de venta de periódicos, postes y aparatos anunciadores, reclamos comerciales y demás medios de venta y propaganda que no se amolden por su aspecto al tono general de la vía, o que se opongan a la estética y al buen gusto. (Párrafo primero del artículo 100 del Reglamento de obras, servicios y bienes.)

DÉCIMA OCTAVA

Se prohibirá el empleo, en los comercios y demás establecimientos abiertos al público, de motivos ornamentales que pugnen con el buen gusto, y podrá exigirse a las Empresas de alumbrado, de tranvías y de teléfonos el uso de soportes que por su material y decorado guarden armonía con la importancia estética de la plaza o vía en que se instalen. (Párrafo segundo del artículo 100 del reglamento citado.)

DÉCIMA NOVENA

En todas las vías que por su anchura lo permitan se procurará la plantación de árboles de especies adecuadas, para que no establezcan contacto con los edificios ni oculten las fachadas que tengan carácter monumental. (Artículo 102 del reglamento citado.)

(1) Claro que, interin se hallen en vigor las actuales ordenanzas, a sus disposiciones habrá que estar, tanto por parte del Ayuntamiento como por la de los propietarios, y que lo expuesto en estas bases sólo sería de observar en el caso de que dichas bases u otras más acertadas llegaran a tener fuerza obligatoria.

VIGÉSIMA

En las medianerías que por derribos formen fachada, o en las que por mayor elevación de una finca con relación a su colindante se divisen desde el exterior, se arreglarán con motivos ornamentales que estén en relación con la vía de que se trate o, por lo menos, con la casa de que sea medianera.

* * *

Injusto sería que diéramos con lo dicho por terminados los precedentes renglones sin hacer mención siquiera de algunos acuerdos de la excelentísima Corporación municipal de esta villa, encaminados, como las bases que preceden, al mejoramiento del ornato de las calles de la corte, y que por su acierto e interés respecto del indicado fin merecen que se las rememore en honor de los que los tomaron y como merecido tributo de reconocimiento a los dignos concejales de este Municipio que—los unos con sus felices iniciativas, los otros con su valioso apoyo, y todos con su celo en pro de los intereses de este excelso solar de Castilla,preciado relicario de insuperables grandezas y magnífico santuario de gloriosos hechos—cooperaron a su aprobación. Así, entre otros, el de 27 de noviembre de 1903 aprobando una proposición para incluir en el presupuesto siguiente la cantidad de 50.000 pesetas con destino a premios para los mejores proyectos que en concurso público pudieran presentarse relacionados con las alineaciones y rasantes de la villa; el de 13 de diciembre de 1901 aprobando una moción de la Alcaldía proponiendo se instituyera un premio en metálico para el edificio que se construyera al año siguiente y que reuniera mejores condiciones de salubridad, construcción y ornato; el de 4 de agosto de 1905 aprobando las bases para la adjudicación de un premio a los dueños y arquitectos de la casa que se construyese con más gusto artístico y condiciones de habitabilidad; el de 4 de marzo de 1921 aprobando el dictamen referente a las bases para el concurso de premios a las fincas mejor construídas o reformadas; el de 2 de diciembre de 1904 aprobando el proyecto y presupuesto para convertir en jardín el Salón del Prado, y, por último, todos los referentes a la Gran Vía.

ORGANISMO

No es reciente, ni mucho menos, pudiéramos decir, haciendo aplicación al caso que nos ocupa de palabras del flamante Estatuto, el afán de renovar nuestras disposiciones sobre policía urbana, pues ya en 1852 se creó una Junta consultiva con dicho objeto, que suprimida luego fué restablecida en 1857 con el nombre de Junta consultiva de Policía urbana y edificios públicos, a su vez definitivamente suprimida por decreto de 22 de marzo de 1865.

Ni es tampoco de ahora que en esta clase de asuntos—ya tuvieran los edificios carácter público o pertenecieran a particulares—se haya exigido, aparte otras informaciones de personas peritas, la autorizada intervención de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando como garantía de indiscutible acierto en las resoluciones que en dichos asuntos hubieren de dictarse, según lo prueban la Real orden de 30 de noviembre de 1857, el Real decreto de 17 de agosto de 1859, la Real orden de 13 de septiembre de dicho último año y el reglamento dictado para la ejecución de la ley de 22 de diciembre de 1876 relativa al ensanche de las poblaciones.

Mas prescindiendo de esto, a la ligera, y sólo a título de precedentes mencionamos, y dejando a un lado, en obsequio a la brevedad, consideraciones cuya exposición nos obligaría a rebasar los límites de este trabajo, quizá ya demasiado largo, pasamos a manifestar el organismo que en nuestro sentir convendría establecer a los fines expresados en el tema tantas veces dicho.

Con clara visión del asunto e innegables aciertos propuso el alcalde de Madrid, D. Eduardo Vincenti, al excelentísimo Ayuntamiento de esta villa, en 21 de julio de 1905, la creación de una Junta que con el título de Junta de Arte público tuviera a su cargo, entre otras funciones, la de cuidar del perfeccionamiento de las obras de toda clase de carácter público que se realizaran por los particulares (1).

Pero aunque digna de todo encomio la moción del Sr. Vincenti, así por sus patrióticos fines como por su acertado desarrollo en su aspecto preceptivo, por lo cual con el mayor gusto la haríamos nuestra, limitándonos, en su consecuencia, a darla aquí por reproducida para cumplir, en cuanto a este punto, con el enunciado del tema, fuérganos, sin

(1) La moción del alcalde Sr. Vincenti, de grata memoria, a que nos referimos en el texto fué aprobada por el excelentísimo Ayuntamiento de esta villa y corte en sesión por el mismo celebrada el expresado día 21 de julio de 1905. (Véase apéndice.)

embargo, a no hacerlo así la diferencia de alcances o amplitud de la proposición del Sr. Vincenti en relación con el tema de la presente Memoria. Mas teniendo en cuenta los méritos indiscutibles de dicha moción, y siendo además, sin género de duda, el mismo levantado espíritu de amor a la cultura que informó el proyecto del Sr. Vincenti el que informa también el expresado tema, los mismos justificados deseos de engrandecimiento de Madrid que animaron al Sr. Vincenti los que así mismo animan el tema que nos ocupa, y los mismos, en fin, legítimos y férvidos anhelos de que Madrid, corte y centro de España, mansión secular de múltiples riquezas y rancio solar de viejas leyendas y sugestivas tradiciones, no decaiga de sus gloriosos títulos pretéritos ni desmerezca ante los ojos de propios y extraños los que dieron origen a la referida moción y a los que han dado también el expresado tema, no creemos sea de extrañar que en aquella proposición basemos la nuestra, y aun que de ella copiemos lo que, a nuestro juicio, es pertinente al caso y que en vano nos esforzáramos por sobrepajar. Porque ¿en qué otro ideario que no fuera el expuesto por el Sr. Vincenti en el preámbulo de su precitada moción podíamos fundamentar el nuestro, razonable y sinceramente procediendo? Bueno que, algo más limitado en sus exigencias el tema señalado para esta Memoria que el proyecto del digno ex alcalde de esta villa, nos concretemos a emitir nuestro parecer acerca de la clase de organismo que convendría instituir a los fines que en el tema se indican, eliminando de la moción tantas veces dicha lo que a nuestro juicio no le afecte de una manera directa, inmediata y especial a lo que en el tema se pide, o bien a algunos particulares de aquélla que, a nuestro modo de ver, pudieran entorpecer a veces la buena marcha del indicado organismo por la dificultad de reunir en determinadas ocasiones a todos los elementos integrantes del mismo; pero esto aparte, ¿por qué dejar de recoger, lealmente obrando, de aquella proposición lo que indudablemente conviene tomar para la realización de los fines que en el tema se indican? ¿Cómo, por ejemplo, prescindir en los asuntos de que se trata de la valiosísima intervención de la Academia de San Fernando y de la cooperación de acreditados arquitectos y autorizados críticos de arte sin daño de la autoridad y respetabilidad del organismo que sin contar con esos importantes elementos se constituyere?

En virtud, pues, de lo expuesto concluimos exponiendo:

1.º Que a los efectos indicados en el tema cuyo desarrollo es objeto del presente trabajo, el organismo que, bien con el nombre de Junta consultiva de Urbanización y arte público que antes le hemos dado, bien con cualquiera otro que pareciese más apropiado, debe crearse debería estar constituido por las personas siguientes:

El alcalde presidente del excelentísimo Ayuntamiento, que será también presidente de dicha Junta.

El teniente alcalde del distrito municipal a que comprenda la edificación de que se tratare.

El ingeniero director de Vías públicas.

El arquitecto municipal encargado de Propiedades de la villa.

Un vocal de número de la Sección de Arquitectura de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Un escritor crítico de arte.

El presidente de la Cámara de la Propiedad Urbana.

Un socio especializado en las materias relacionadas con el objeto de la Junta del Círculo de Bellas Artes.

Un catedrático de la Universidad que explique asignaturas relacionadas con disciplinas de estética.

Será secretario de la Junta el que lo fuere de la excelentísima Corporación municipal. Este con voz, pero sin voto.

2.º Que las atribuciones de esta Junta serán: entender en todo lo concerniente a la armonía de las nuevas edificaciones en las vías públicas y reformas de las existentes que puedan afectar a dicha armonía y al gusto artístico de dichas vías, informando al excelentísimo Ayuntamiento acerca de lo que conviniera hacer o, en su caso, rechazar en bien del ornato público y del crédito de la villa.

En su consecuencia, serán funciones de la expresada Junta las materias siguientes:

a) Proyectos y planes de reformas de vías públicas, alineaciones y rasantes.

b) Creación y reforma de parques y jardines e instalaciones o supresión de los mismos.

c) Emplazamiento y reforma de monumentos por la Administración o por los particulares que se hubieren de levantar de nueva planta, o reformas de las vías públicas que puedan afectar a los ya erigidos.

d) Instalación y reforma de servicios públicos para el alumbrado, fuentes, bancos, aparatos anunciadores y toda clase de instalaciones en la vía pública.

e) Instalación y reforma de quioscos con carácter permanente en las calles y plazas, puestos de verbenas y romerías y toda clase de instalaciones en los mismos.

f) Vigilar y proponer la modificación que corresponda en toda clase de rótulos anunciadores de establecimientos públicos (1).

(1) En la moción del Sr. Vincenti, repetidamente citada en el curso de esta parte de nuestro trabajo, y de la cual moción tomamos las funciones insertas en el texto con las letras a), b), d), e) y f), se incluye también, como propia de aquella Junta, la de «Vigilar y proponer la conservación y reparación de monumentos y bellezas artísticas de Madrid», que nosotros omitimos aquí por entender que esa función es más propia de

También podrá dicha Junta, sin perjuicio, por supuesto, de las precedentes funciones informativas de la misma, a instancia del Ayuntamiento o del alcalde presidente, entender por propia iniciativa en todos los asuntos anteriormente mencionados cuando así lo estimare conveniente, formulando en su virtud, con relación a dichos asuntos, los consejos o propuestas que considere oportunos.

Igualmente podrá proponer al Ayuntamiento que se dirija a los particulares, a los efectos encaminados al cumplimiento de los fines propios de la creación del expresado centro.

3.º Que dado el movimiento, cada día más acentuado, en pro del engrandecimiento y embellecimiento de las ciudades; la afición, cada día también más creciente, que de algunos años a esta parte viene observándose en ingenieros, arquitectos, higienistas y otros técnicos al estudio sobre construcción, urbanización y estructura de las poblaciones, y el interés, por último, igualmente cada día más vivo que por el incesante incremento del turismo, como consecuencia de la facilidad de las comunicaciones, viene inspirando en todos los pueblos el mejoramiento de sus ciudades, tanto en consideración a sus intereses materiales como en razón a su buen nombre y crédito de la nación, se den facultades a la propuesta Junta, y en nombre de la misma al secretario de ella, para establecer y sostener relaciones internacionales sobre publicaciones, memorias, conferencias, congresos y demás antecedentes relacionados con las materias de la competencia de la precitada Junta, a fin de que pueda ésta estar así en todo momento al tanto de lo que sobre ello se pensare en el mundo científico y afectare a la Administración municipal.

CONCLUSION

Tales son, a nuestro juicio, las bases y el organismo que, usando de las mismas palabras del tema, para ejercer una acción encaminada a evitar la desarmonía de las nuevas edificaciones en las vías públicas

la Comisión municipal de monumentos históricos y artísticos que pudiera crearse en virtud de la iniciativa del excelentísimo Ayuntamiento de esta corte, expuesta por el mismo en el tema «Legislación municipal que defienda el carácter típico y tradicional de la ciudad e impida la desaparición de sus monumentos característicos», del concurso correspondiente al próximo pasado año de 1925. Por la misma razón hemos dado distinta redacción a la función señalada en aquella moción con la letra b), y que aquí señalamos también con dicha letra. Esto no obstante, permítasenos decir que, a nuestro entender, lo mejor sería, en evitación de rozamientos y dificultades por la multiplicidad de organismos que pudiéramos llamar gemelos, la unificación, en su caso, de ambos centros u organismos.

y de cuanto afectare al gusto artístico de las mismas, tiene el honor de ofrecer al excelentísimo Ayuntamiento el último de sus empleados. Poco, o tal vez nada, habrá en lo expuesto que merezca los honores de la novedad y que sea desconocido para V. E.; pero si, como queremos recordar que ha dicho un célebre autor, el número y autoridad de los que han escrito sobre algunas materias obliga, en ley de precedencia científica, a tomar en consideración sus ideas, lejos de impedir un nuevo estudio—aunque, como el nuestro, carezca de todo mérito—, lo estimulan con la mayor facilidad de hacerlo y con una prenda más de buen resultado. Así y todo, mucho dudamos, en realidad de verdad, de haberlo logrado nosotros; pero si así fuere, esto es, si, no obstante nuestros grandes deseos de acierto, no hubiéramos conseguido aquel dicho resultado—y, repetimos, mucho tememos no haberlo alcanzado—, sírvanos de disculpa aquellos deseos, y la benevolencia e ilustración de V. E. de amparo.

APÉNDICE

Siendo alcalde de Madrid D. Eduardo Vincenti presentó, en la sesión que celebró la Corporación el 21 de julio de 1905, la siguiente moción creando la Junta de Arte público, que por su importancia en la materia que nos ocupa no nos hemos creído relevados de insertar íntegra:

«Al excelentísimo Ayuntamiento: Entre los medios adecuados para conseguir el progreso moral, económico y social de los pueblos, preocupa en otros países el aplicar los elementos educadores que proporcionan las Escuelas, Academias, Museos, el Teatro y las distintas manifestaciones de carácter público de los servicios urbanos, hasta tal punto que, con motivo de la Exposición que se celebra en Lieja, se halla convocado el tercer Congreso de Arte público, que tiene por objeto propio aquella finalidad.

Es indudable que a los Ayuntamientos concierne una iniciativa y una intervención extraordinaria en alguno de aquellos medios de propaganda, y señaladamente en las distintas manifestaciones de urbanización, ya por lo que se refiere a las obras públicas municipales, o ya por sus relaciones con las construcciones particulares.

Es indispensable que al trazado de calles, a la unificación de rasantés, al emplazamiento de monumentos, a la colocación de aparatos de alumbrado, columnas decorativas, arreglo de paseos, conservación y reparación de bellezas artísticas de la capital y su embellecimiento, líneas generales sobre decoración interior y exterior de edificios públicos, y aun en la configuración externa de las edificaciones particulares, procede una tutela de buen gusto, una intervención eficaz por parte de personas peritas en las bellas artes, que al mismo tiempo que puedan servir de consejeros a la Administración municipal en tales materias, consigan que en sus informes, en todas aquellas manifestaciones de la Administración municipal con relación a las vías públicas y a la población, resalte una nota verdaderamente educadora y de perfeccionamiento del gusto artístico.

La falta de organismo dedicado exclusivamente a este fin, y que en la esfera a que puede alcanzar el Ayuntamiento fuese fácilmente asequible para reclamar su consejo, y al propio tiempo estuviera en fácil contacto con la aspiración municipal y con el público, han hecho pres-

cindir en muchas ocasiones de esta necesaria y previa información, que a la Corporación municipal importa todavía más, dado el desarrollo de los pueblos y las necesidades crecientes de una capital que aspira a transformarse y embellecerse, ostentando dignamente las condiciones de corte y centro de la nación.

También es indispensable la creación de este organismo y su existencia para que sea un centro permanente de estudio de cuantos trabajos se realicen en el extranjero y en nuestro país encaminados a aquella finalidad, y que en su oportunidad pueda suministrar toda clase de datos, lo mismo al Ayuntamiento que a la misma Administración central y al vecindario, acerca de tan vitales cuestiones, que en los pueblos cultos cada día son más apreciados.

El Ayuntamiento de Madrid, aun cuando no haya contado con estos elementos, no puede ciertamente tacharse de haber cerrado sus puertas al nuevo espíritu del progreso y del arte, puesto que ha procurado siempre responder a aquellos ideales; pero como al fin la creación de este centro no ha de restarle atribuciones, puesto que no se trata de darle carácter ejecutivo, sino meramente consultivo y de información, considera con seguridad esta Alcaldía que V. E. ha de aceptar la moción, que no tiende más que al adelantamiento y progreso del Municipio, inspirándose en las ideas sustentadas en los Congresos internacionales del Arte público, y que han sido ya en otros países traducidos a la realidad.

Por virtud de lo expuesto, la Alcaldía tiene la honra de proponer a V. E. se sirva adoptar los siguientes acuerdos:

1.º Se crea en Madrid una Junta consultiva de Arte público, que tendrá por objeto el perfeccionamiento de todas las manifestaciones artísticas, de la urbanización y obras de toda clase que se realicen en la capital por la Administración municipal, y ejercerá igual intervención en cuantas con carácter público se realicen por los particulares.

2.º Serán funciones de esta Junta el informar, bajo el aspecto artístico, cuando así lo estime necesario el Ayuntamiento, sobre las siguientes materias:

a) Proyectos y planes de reforma de vías públicas, alineaciones y rasantes.

b) Creación y reforma de parques y jardines e instalación o supresión de los mismos.

c) Emplazamiento de monumentos erigidos por la Administración o por los particulares en sitios públicos, y reforma de los existentes, traslación, etc.

d) Instalación y reforma de servicios públicos para el alumbrado, fuentes, bancos, aparatos anunciadores y toda clase de instalaciones en la vía pública.

e) Instalación y reforma de quioscos con carácter permanente en

las calles y plazas, puestos de verbenas y romerías y toda clase de instalaciones en los mismos.

f) Vigilar y proponer la conservación y reparación de monumentos y bellezas artísticas de Madrid.

g) Vigilar y proponer la modificación que corresponda en toda clase de rótulos anunciadores de establecimientos públicos.

3.º Sin perjuicio de las funciones informativas que incumben a la Junta, a instancia del Ayuntamiento o de la Alcaldía Presidencia podrá por propia iniciativa entender en todos los asuntos enunciados cuando lo crea conveniente, y formular, con relación a los mismos, los consejos o propuestas que considere necesarios.

Igualmente podrá proponer al Ayuntamiento que se dirija a los particulares, a los efectos encaminados al cumplimiento de los fines propios de la creación de este centro.

También podrá la Junta ejercer inspección y vigilancia, en cuanto afecte a los fines artísticos que le son propios, en las escuelas y establecimientos de enseñanza de toda clase que dependan del Ayuntamiento, y formular sobre tales materias las propuestas que considere necesarias al señor delegado regio de primera enseñanza o al alcalde presidente.

4.º La Junta servirá de centro de información a todos los particulares sobre las materias propias de su creación, y las consultas que se dirijan a la misma serán gratuitas y deberá despacharlas la Junta con la mayor actividad.

Igualmente facilitará datos y antecedentes sobre el funcionamiento del mismo servicio en el extranjero.

5.º El secretario de la Junta establecerá relaciones internacionales para el cambio de toda clase de datos y Memorias sobre arte público en cuanto afecte a la Administración municipal.

6.º La Junta se constituirá: del alcalde primero, que será el presidente de la misma; de cinco concejales, que serán designados por la Alcaldía Presidencia; de cinco socios del Círculo de Bellas Artes; de dos individuos del Magisterio de Instrucción pública, y de dos escritores o críticos de arte.

El alcalde podrá designar de entre los vocales uno que ejerza las funciones de vicepresidente y le sustituya en ausencias o enfermedades.

Casas Consistoriales de Madrid, a 21 de julio de 1905.»

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Propagandas actuales (conferencias sociales).

El derecho de huelga (folleto).

Almería y los puertos marroquíes. (Premiada en los Juegos Florales celebrados en Almería el 26 de agosto de 1919.)

La mendicidad en Madrid. (Premiada por el excelentísimo Ayuntamiento de Madrid en el concurso convocado en abril de 1923.)

En defensa del Madrid viejo. (Premiada por el excelentísimo Ayuntamiento de Madrid en el concurso convocado el año 1925.)

La emigración de los campos a las ciudades: causas y remedios. (Premiada por la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País en el concurso celebrado con motivo del CL Aniversario de la fundación de dicha Sociedad.)

Los Municipios y los Seguros sociales. (Premiada por el excelentísimo Ayuntamiento de Madrid en el concurso convocado el año 1926.)

EN PREPARACIÓN

El Comunismo contemporáneo.

Gente de pluma.